

La tercera vez

Pilar Bellver

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Cecilia Belchí Arévalo, presidenta; Pura Azorín Zafrilla; Concha López Díaz; Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

© Pilar Bellver

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo- Puche".

Diseño colección: Victoria Carpena.

Imprime: Yecla-Grafic, s. l.

I.S.B.N: 84-922411-3-6

Dep. Legal: MU-114-1998.

A Caridad Plaza

El tiempo se dividió para mí en aquel momento en dos partes: la milésima de segundo anterior a que sonara el teléfono y la eternidad restante. Yo acababa de quedarme a vivir en el timbrado de la primera llamada. En ese espacio conseguí no morir de dolor. En ese espacio conseguí llegar al garaje y subirme en el coche. Una M -30 en forma de bucle de Moebius me sacó de Madrid por la N-IV.

Se circulaba bien, pero la carretera venía bastante llena, así que, entre que no me apetecía tanta vecindad para mi espacio recién estrenado y entre que yo me sé otro camino más solitario para venir a mi pueblo, en Manzanares me desvié de la Nacional. Seguramente me habría desviado de todas formas, aunque no hubiera habido tanta circulación. Porque a mí me encanta conducir sola por las carreteras comarcales. ..

A veces cojo el coche y me voy a hacer kilómetros sin rumbo por esas carreteras. Me llevo puesta la “La Traviata” de la Callas, por ejemplo (últimamente es siempre ésta,, y cuando termina, simplemente doy la vuelta a la última casete y al coche y regreso a Madrid, oyéndola otra vez. Si mientras tanto se presenta la hora de comer o de cenar, aprovecho el final de uno de los actos para, como si estuviera en La Fenice, salir del coche a comerme un bocadillo. Es cierto que un bocadillo y un vino tinto, en lugar de un canapé espiritual y una copa de champán, pero a cambio tampoco tengo que soportar la amalgama mareante de todos los perfumes franceses juntos ni el sobeteo de los visones que se despeluchan –se despeluchan, digan lo que digan de su calidad las dueñas- al pasar rozando mi abrigo de paño.

Puede que alguna vez haya comentado lo que me gustan, pero

no creo haberle dicho a nadie por qué me gustan tanto las carreteras comarcales y recorrerlas sola. Quiero decir que seguramente habré dado cualquier explicación creíble, pero tan frívola y pretendidamente pragmática como .falsa, por vergüenza de lo ridícula que pueda sonar la verdad. Puedo haber dicho que lo hago porque me relaja o porque aprovecho para trabajar .y traerme inventada toda una campaña. Pero la verdadera razón está más cerca de los poderes líricos que tienen los viajes sin rumbo por las carreteras secundarias, que de los laborales o Terapéuticos; .y más cerca del derroche de los sentidos, que del utilitarismo con el que últimamente nos empeñamos en envolver todas nuestras manías, especialmente si esas manías son en realidad arrebatos poéticos o puras ansiedades de belleza.

Me gusta adentrarme por las carreteras comarcales porque son mágicas. Tanto, que podría ser, incluso, que no existieran. La única prueba de realidad, de existencia real, es su trazado en el mapa de la guía de CAMPSA que llevo en la guantera. Y si vamos solos, mi coche y yo, ni siquiera el momento en que las transito puedo considerarlo una prueba fehaciente de su existencia. Hasta que no me cruzo con la moto achacosa y petardera que lleva al campesino lento y a su cesta de caucho negro (o algo parecido al caucho negro, ese material que no sé cómo se llama del que antes, cuando se hacían espuestas), sujeta a espaldas del sillín con un extensor de los que llaman «pulpo», no puedo dar por cierto que tal reguero de alquitrán sea un camino objetivo que va de un sitio a alguna parte. Porque me gustan tanto esas carreteras curvas, estrechas y desiertas, que muy bien pudiera habérmelas inventado para circuito interior de mis fantasías. Incluso el campesino, y esa moto suya que tiene voz de mosquito, como se parece tanto al que viera, por primera vez desde mi coche, cruzándose conmigo o adelantándolo .yo, podría no ser una prueba rotunda. Ni el tractor con las uñas de arañar la tierra levantadas. Tampoco la aparición de las dos mujeres que interrumpen su andar cadencioso 'de gordas con la mano puesta en la cadera mientras me ven venir y hasta que paso (señal

de que me acerco a un pueblo), es del todo una confirmación de la existencia, fuera de mí, de esa carretera. Porque, Como .son siempre las mismas imágenes, como no podría imaginar una carretera comarcal sin ellas, como no son imprescindibles, pudieran no existir más allá de ser parte indisoluble de mi fantasía, que elige siempre los caminos más deseables para mí y me los adorna generosa, con toda profusión de detalles.

Y es esa posibilidad de irrealidad, de desubicación radical, lo que las convierte, a ellas, a las secundarias, en mágicas. Son carreteras mágicas donde es posible conjurar contra todas las evidencias y tener éxito casi siempre.

Para llegar a mi tierra por ese otro camino que no cruza Despeñaperros hay que pasar de todas formas, una vez dejas atrás las rectas de La Mancha, por un pequeño puerto. Pero es un puerto que todavía mantiene a salvo su esencia, repleto de curvas estrechas y cerradas, curvas antiguas, de las de antes de verdad, curvas salvajes, auténticas, en las que el peralte se hace notar' como las olas y en las que la velocidad puede siempre menos que un buen trazado a tiempo o la agilidad en el cambio de marcha... Estuve un buen rato tomándomelas como ejercicio para mantenerme en forma, y luego aflojé y fui otro buen rato más despacio, porque empezaba a atardecer .y allí, en cuando el sol toca para despedirse las lomas de las dehesas, merece la pena aquietarse y observar la escena de amor con la misma calma que se produce.

Iba también pendiente de no pasarme el que yo sé que es el único sitio donde puede pararse en esas carreteras sin arcén: la entrada a algún carril de tierra. Cuando llegó el carril, lo tapé con el coche, como una barricada, y me bajé. Era un tramo muy poblado, no de árboles, sino de matorrales amarillos de frío y secos, pero lo bastante altos para esconderme detrás de ellos y bajarme las medias con cierta discreción.

Estaba anocheciendo ya, pero todavía quedaba por lo menos un cuarto de hora para encender las luces de posición y no menos de media para las de cruce. Terminé y volvía al coche tan relajada, que tal vez

fuera esa poderosa laxitud física la que no le permitiera la entrada al miedo en mi cuerpo cuando vi que una mujer, con unos pantalones negro brillante y pegados, de esos que salieron de copiar a los de gimnasia, una blusa fuxia como de gasa, que dejaba transparentar un body blanco de lycra, de gimnasia también -todo bajo un chaquetón tres cuartos de piel de conejo- estaba apoyada en el maletero de mi coche (lo primero que hice -lo confieso, deformación de vivir en Madrid- fue fijarme en si el maletero seguía cerrado, y sí,)fumándose un cigarrillo. O tal vez no dio tiempo a que me entrara miedo porque, cuando yo la vi, cuando levanté los ojos de llevarlos completamente ocupados en no dar un mal paso con el medio tacón de mis zapatos, ella ya me estaba mirando, estaba claramente esperándome, .y la mirada que resulta de esa situación es siempre de acogida, por eso no asusta.

-¿Es tuyo el coche? Pensé que sería de un tío ¿Te importa llevarme al pueblo si vas para allá?

Le respondí que no me importaba, pero que no sabía a qué pueblo quería ella ir.

-Pues al pueblo, mujer, a... -y me dijo el nombre.

Al principio me molestó que me hubiera contestado como si yo tuviera la obligación de saber qué pueblo era, pero luego me di cuenta de que sí la tenía porque nadie dice «al pueblo», sin más, si no se refiere exactamente al pueblo siguiente en la misma dirección en que esté colocado el1norro del coche. Reconocí que tenía derecho a exigirme, sí, con su tono de voz, que cayera en una evidencia, «al pueblo», que es todavía más palmaria en una carretera local, por la que se supone que no pasa nadie que no se sepa bien todo el recorrido. Estábamos, por lo visto, a trece kilómetros.

Tendría unos cuarenta años, y calculé por lo bajo a propósito, consciente de que, si me hubiera guiado por las rayas de su cara y los cinco o seis kilos de más -esos que van con la edad y ya no se rebajan nunca-, le habría puesto, equivocándome, cerca de los cincuenta. Iba muy pintada, mucho, y dejaba la boquilla del cigarrillo de acuerdo con el

exceso.

-Estos zapatos me están matando... -y sin preguntarme si me importaba o no, se descalzó unos tacones altísimos.

Llevaba pintadas las uñas de los pies -una de las cosas que más dentera me dan en el mundo-, pelo teñido de rubio, rizado y alborotado para aparentar exuberancia, pajoso ya por los muchos años de potingues y un perfume tan floral y tan intenso, que, al minuto, mi coche olía como un furgón de funeraria. Estaba, en fin, tan tópica ella toda, que no cabía duda de que era puta; quizá, si el pueblo no era muy grande, La Puta del Pueblo; y hasta podría llamarse Loli y ser conocida por La Mari Loli y haber dado pie ya a una frase hecha que la sobreviviría: «Más puta que la Mari Loli».

Para colmo de evidencias, abrió el cenicero a la primera, sin preguntarme dónde estaba, lo que, teniendo en cuenta que no sabía el modelo de coche que le tocaría en suerte, indicaba un conocimiento variado y fluido de la mayoría de los salpicaderos del mercado. Pensé que estaba allí tirada, sin manera de volver, por algún gaje de su oficio, por eso, para no ponerla en el aprieto de tener que decirme la verdad o inventarse una mentira, no le pregunté nada, ni siquiera si le había pasado algo, que es lo que hubiera hecho en cualquier otro caso. No había en ella, de todas formas, señal de desvalimiento.

Nada de lo que hablamos merece especial referencia: que hay que ver el frío que estaba haciendo, que de dónde era .yo, que ella era de no sé dónde, pero que llevaba más de veinte años allí, que muchas gracias por llevarla, que cómo es que iba sola, que le parecía bien que no estuviera casada, que le parecía todavía mejor que no pensara casarme nunca, que los hombres ya se sabe, que los tiempos han cambiado y que las chicas jóvenes como yo ya no los necesitábamos para nada...

-¿Cuántos años tienes, si no te molesta que te lo pregunte?

- Voy a cumplir treinta.

-Es la mejor edad para las mujeres...

- ¿Ah, sí?

La conversación .fue tan previsible, tan mecánica, que pude permitirme la huida, mientras recitaba mi parte, de seguir pensando en los cables del tendido eléctrico.

Venía pensando en mi cabeza como en los cables del tendido eléctrico que acompañan el surco de las carreteras. Pensaba en los alambres que urden las corrientes de mi cabeza, tendidos y tensos, paralelos entre sí durante kilómetros, .y en los pájaros que .yo noto que vienen a posarse en ellos para deglutir su insecto del desayuno o de la cena. A las horas del hambre de los pájaros, ninguno de los cables del tendido eléctrico de mi cabeza queda vacío. Y yo noto cómo los cables de mi tendido acogen, en su delgadez de alambres -lo noto a pesar de la absoluta levedad del peso de los pajarillos-, el descanso de sus vuelos.

-¿A qué te dedicas?

-Soy profesora, doy clases. -Le robé el trabajo a mi hermana porque es más fácil de explicar que el mío.

Son pájaros caseros, domésticos pájaros del clima mediterráneo de tierras adentro; no son, pues, exóticos ni de plumaje maravilloso; nunca otros, de hecho, que golondrinas o gorriones agarrándose a la electricidad de mi cerebro. Son tan buenos conductores, ellos, los pájaros, como los hilos de cobre. O como los recuerdos. Por eso no interrumpen nunca el fluido general ni se abrasan. Terminan de tragarse la mosca o el gusanillo gelatinoso, se atusan las plumas, otean mientras deciden el siguiente recorrido y se abrazan al aire de nuevo para trazarlo.

-Dicen que va a nevar... ¿Vas muy lejos?

- No. A mi pueblo. Me faltarán unos ciento cincuenta kilómetros.. .

* * *

Yo no había visto nevar nunca cuando una vez nevó tanto en mi pueblo, que no hubo colegio. En mi pueblo nieva rara vez y a todos los críos nos hacía ilusión la nieve, pero a mí más que a los demás. Los demás no crecieron y aprendieron a hablar en el trópico, en un punto de la raya latinoamericana del Ecuador, ni tuvieron que esperar, por eso, hasta los siete años, como yo, para ver la primera nevada. Yo sí puedo decir a qué hora exactamente descubrí el epíteto de la blancura: a las nueve en punto de la mañana de un día que había estado esperando mucho tiempo.

Mi madre me decía que tuviera paciencia, que, hasta que no llegara el invierno, no nevaría. Cuando llegó el invierno, mi madre me decía que tuviera paciencia, que cualquier día de aquéllos nevaría. Y cualquier día de aquéllos mi madre me decía que tuviera paciencia, que nevaría cuando nevase, y no antes, por mucho que yo le preguntara.

Un pequeño agujero en los postigos de la ventana de mi habitación, redondo, del tamaño de una moneda de cinco duros (un nudo de la madera, lo más seguro, que debió encogerse y tomar holgura con los años hasta caerse y desaparecer, dejando sólo el cerco, como las fotografías viejas se achican y se acartonan hasta que huelgan en el marco y se caen, le había servido al sol de lente de aumento todas las mañanas de la primera primavera, del primer verano y del primer otoño de nuestra vuelta a España para observar meticulosamente mi ojo derecho y, si lo tenía cerrado, despertarme. Si no lograba enfocar mi ojo, si en lugar de encontrarme dormida cara a la ventana, el sol me encontraba cara a la puerta, dándole la espalda, entonces, con la precisión del haz de una lupa, me calentaba, con tal de que me volviera y lo mirase, cierto mechón de pelo que se me salía siempre de la coleta

para desparramarse por la almohada.

Ya era tarde a esa hora para oír al gallo, y no fue tampoco el piar de los pájaros el que compuso la primera sintonía de levantarme que recuerdo porque a los pájaros los oía piar también al anochecer. Las notas que mi memoria guarda para esa melodía fueron el trajín, en la cocina, de la loza y la carrerilla, con las chanclas batiendo el suelo y sus talones, que se daba mi madre por las baldosas del pasillo y por las del patio -que el patio de mi casa no era de tierra, sino de terrazo persiguiendo los pies, más rápidos y descalzos, de mi hermano Pedro, que se negaba, sistemáticamente y escapándose de ella, a embutirlos dentro de los zapatos.

- Pedro, chiquillo, que no puedes ir descalzo, que aquí no estamos en Colombia; pero, ¡será posible!, anda y ven aquí y no me corras. No era verdad, sin embargo, que en Colombia nos dejaran andar descalzos, como a los otros «pelaos».

La última de esas notas, la que cerraba siempre el estribillo, llegaba con el allegro de mi madre pillando a mi hermano y sonaba, tierna e invariablemente, así:

-Salvajes, que os estáis criando salvajes, tú y tu hermana, los dos. - En ese momento caía en la cuenta de mí y subía la voz- ¡Chiquilla! ¡Nena! ¿Todavía estás en la cama? ¿Pero tú te crees que éstas son horas? ¿Consentirás que tenga yo que entrar a levantarte? Vengayaarriba, que vais a llegar tarde.

Entonces, podían comprarse de cuarto en cuarto de kilo las galletas Cuétara y el tendero -que las sacaba de una caja de dos kilos Y medio- las pesaba y las envolvía en papel de estraza haciendo un rulo igual que el de las monedas. A mí, las galletas, sólo me gustaban mojadas en la leche caliente y rigurosamente colada de nata para evitar el asco. Una vez que se perdió o se rompió el colador, estuve muchas mañanas poniéndole a la nata la barrera natural de los dientes para poder tomarme la leche, hasta que un repugnante cuajarón los taponaba y tenía que desprenderme de él untándolo en la servilleta.

Mientras no hubo colador, no mojé galletas porque lo que ya no había manera de evitar era que la nata se adhiriese a ellas. Si mis sospechas fueron ciertas, lo que mi madre pretendía haciendo desaparecer el colador, que me alimentase mejor, fue lo mismo que lo hizo aparecer, al cabo de unos días, cuando comprendió que era peor el remedio que la enfermedad, visto que me había estado yendo al colegio sin comerme las galletas y habiendo bebido la mitad de la leche.

En fin. El caso es que casi todas los días de aquel invierno, el primer invierno de mi memoria, me levantaba preguntándole a mi madre si había nevado y, luego, que cuándo nevaría.

-Cuando haga mucho-mucho frío; y primero se tiene que nublar mucho-mucho el cielo y ponerse muygris-muygris.

Aquella mañana, sin embargo, como por el nudo de la madera entraba un bastón de sollo mismo de gordo y brillante que si fuera verano, no se me ocurrió preguntarle a mi madre ni salir corriendo descalza a mirar el patio, como hacía a menudo. Iba yo tranquilamente al cuarto de baño cuando ella, secándose las manos en el mandil, me miró sonriendo, con la cara de picardía que ponía cuando iba a darme una sorpresa muy grande y muy buena, me puso una mano, todavía húmeda y fría, en donde el hombro empieza a subir por el cuello y me giró para llevarme, andando a su lado, a la cocina. Sin decir palabra -no hacía falta- me señaló el patio.

La puerta del patio era metálica por la parte de abajo y de cristal por la parte de arriba. Estaba cerrada y no pude ver nada porque, con mi altura de aquel entonces, la vertical de mis ojos no lograba superar, de lejos, la mitad metálica de la puerta. Tenía que acercarme mucho si quería ver algo de fuera. Pero antes de llegar al cristal empañado había adivinado lo que mi madre quería que descubriera: al fin la nieve: la más radical transformación que a un paisaje le cabe: la magia pura, pues. La siguiente escena que recuerdo es esta conversación con mi madre:

-Con el nevazo que ha caído esta noche, hoy no tendréis

colegio -se lo oí decir por detrás de mí, mientras me peinaba. Tenía el pelo fino y enredadizo y a mi madre le costaba toda su paciencia resolvérmelo en dos coletas. Mojaba el peine en el agua tibia que había embalsado en el lavabo blanco.

-¡Pero yo tengo que ir! -un vértigo me avisó de la terrible posibilidad de no poder salir a hundirme hasta las rodillas en aquel derroche de blancura, nubes descendidas, algodón de los sueños, a dibujar un camino recordable en la lisura perfecta -¡Seguro que hay clase!

- Pero ¿cómo va a haber clase, chiquilla, si no se ve un cristo por la calle? No se puede ni andar, si hay lo menos medio metro de nieve...

-A lo mejor los parvulitos no tienen, pero, las mayores, - . seguro que sí tenemos. -Aquí procuré aquietar mi voz para hacerla sonar tan sosegada y razonable como la suya y que no tradujera un interés demasiado grande: esa manifestación arrebatada del interés, por algo que, no sólo no refuerza, sino que convierte en sospechoso, y lo devalúa, cualquier sesudo argumento en favor de alcanzarlo. -Las mayores, mamá, seguro que tenemos clase, que lo sé yo... ¡Aaaay, no me tires!

-Que-no-te-tire-que-no-te-tire... Pero si yo no sé cómo duermes: qué vueltas no darás en la cama para que se te hagan estos nidos en el pelo... -Mi queja por los tirones, sin embargo, a pesar de repetirse tanto, conseguía ablandar el peine todas las veces, le quitaba prisa y le ponía a mi madre, además, una caricia en su mano libre que venía a posarse en mi frente, a la altura de donde me nacía el pelo- Te-digo-yo-que-lo-sé que no va a haber clase ¡Cómo vas a salir así! Quita-quita, que no tengo yo ganas de que me cojas un resfriado. - ¡ Ya ves tú, mamá, cualquiera diría! El Pedro, como es muy chico, pues que se quede, porque en parvulitos no importa que se pierdan un día, pero yo no, yo tengo que ir. Además, con la capa y con las katiuskas, no t...

-¿Qué-katiuskas-ni-qué-katiuskas, si te llega la nieve a la cintura?

-¡Ala, qué exageración: a la cintura, dice! ¡Ayayay, mamá!

-Sí, hija, sí, es que estas gomas son muy malas; pero ya no queda de la otra, de la forrada, éstas, además de pillar pellizcas en el pelo, lo cortan. Cuando suba a lo de Josito traeré. Pero un par de metros tendrán que ser, por lo menos, porque no damos abasto, no sé cómo te las arreglas para perderlas todas en la cama, y el caso es que luego, cuando hago la cama, no las encuentro...

- Eso me pasa por dormir con coletas, mamá, tendría que dormir con el pelo suelto.

- ¡Si, vaya, que no me digas más: lo que faltaba! Conque es así, y mira qué nudos... Lo que tienes que hacer es aflojarte un poco las gomas al acostarte.

-¿Y qué te crees que hago? ¡Por eso se me pierden! Bueno, anda, déjame ya así, que vaya llegar tarde.

-¡Tarde! Pero si no va a haber clase, mujer, que te digo yo que no... -pero el tono de paciencia con que lo decía ahora rayaba, ya en la resignación, en el permiso, en el logro triunfal, en la victoria definitiva, en la suprema felicidad. ¿Quién va a mandar a los chiquillos a la escuela con este nevazo y con el fi10 que hace?

-¡Pero si hace sol, ¿cómo va a hacer frío?!

-No poco, un frío que pela ¿Qué tendrá que ver que haga sol para que haga frío? ¿¡Ah, no!?! -Mi exclamación no fue de sorpresa ante un descubrimiento, sino de burla ante un disparate. Y o 'Tenía de un sitio, en la mitad naranjera del planeta, donde el sol y el calor eran un todo indivisible.

- No, señorita, no, no tiene nada que ver, para que lo sepa usted. Y no pongas esa cara de espanto, que tienes tú mucho que aprender todavía.

Desde antes, y durante mucho tiempo después, me pareció que yo conseguía las cosas gracias a mi habilidad, a mi astucia

extraordinaria para ir envolviendo a mi madre en peros y razones. Hasta que un día de varios años después -pero un día concreto, el día de subir al cementerio con la vecina- de buenas a primeras, fue como una revelación, me di cuenta de que nunca había sido gracias a eso, nunca. Ella se había pasado media vida fingiendo que se convencía con mis retóricas sólo para no quitarme esta ilusión no confesada, aquélla o la otra.

-Bueno, mira, ¿sabes lo que te digo?: que hagas lo que te dé la gana, ¡si por no oírte...!

-Si no es lo que yo quiera, mamá, -no teníamos hartura. Éramos tan crías, tan avariciosas y absolutas, que conseguir las cosas no era triunfo bastante- Si por mí fuera, ya ves tú, qué más quisiera yo que no tener que ir, pero es que no tengo más remedio.

- Ya. Pero en fin, que sí, que bueno, que vayas por si acaso -y ella era tan tierna y tan comprensiva, que hasta eso lo concedía. Nada en el mundo como la bondad luminosa de mi madre, tan buena, tan buena persona, tan radical y esencialmente buena y lúcida para el amor-. Pero si ves que no hay clase, que no habrá, no te estés mucho por ahí... A las diez y media, lo más tardar, aquí.

-Pero, mamá, ¿cómo voy a bajar en media hora, si abren a las diez y tengo primero que estar allí y ver qué pasa y preguntar?

- Pues a las once, como mucho a las once. Pero, chiquilla, mira, si te vas a hartar, hazme caso, te va a sobrar tiempo, ya lo verás. ¿Tú no te das cuenta de que no se puede ni andar? Pero una cosa sí te digo, eh: si ves que empiezas a tiritar, te vuelves, ¿estamos?

-Si, mamá.

-...en cuanto que veas que empiezas a tiritar, o que te duelen las manos, te vuelves, ¿me oyes?

-Que sí...

-...te vuelves estés donde estés, hayas llegado al colegio o no. ¿Me estás oyendo?

-Que sí, mamá, que sí -le decía, demostrando el gasto de

santidad y paciencia que tenía yo, yo, que hacer con ella.

Me hundía en la nieve por encima del filo de las botas y volví, al cabo, con los calcetines chorreando, los pies helados y un charquito de agua en cada una. Mi madre me desnudó en seguida y me metió en la bañera con agua muy caliente.

-Ya te he dicho yo que no habría clase, pero como tú, hija mía, no haces caso de nadie, que eres más cabezona que mandada a hacer... - me lo decía mientras me metía en el cuarto de baño la estufa de butano con las tres fases encendidas, y no había en su tono ni pizca de ganas de humillarme. Sin embargo yo, muy digna, no podía consentir ni ese asomo de reproche siquiera.

-y si llega a haber, ¿qué? Sor Josefina ha dicho que no había clase porque no estábamos muchas -ni con tortura me hubieran sacado que sólo acudimos dos- pero, si llegamos a ir unas cuantas más, hubiera habido clase, y las que no han ido, se hubieran perdido la lección.

-¡Menuda cabeza me ha puesto también tu hermano! Que si ibas tú, a ver por qué no iba a ir él; ea, claro. Ahí fuera está, en el patio, por no oírlo tampoco, rebozándose en la nieve. Y no me faltaba a mí otra cosa que veras caer malos a los dos, y tener que meteros en la cama a los dos, peleándoos todo el santo día: Y el chico, el Ángel, que no hace mas que llorar con que quiere salir también ¡' Arreglá' me tenéis entre los tres.

Y todavía le quedaban por nacer mi hermano Pepe y mi hermana May.

Pero la nieve ya no será blanca nunca más, yo lo sé. La nieve ya no es blanca en Madrid. Se llena en seguida de las sustancias de la ciudad y es grisácea y gelatinosa como la masa cerebral en las aceras demasiado transitadas y en las calzadas donde ya es para siempre imposible que cuaje otra cosa que no sea un atasco. Ni siquiera en las montañas nieva lo bastante. Tienen que ser altas, pero que muy altas, para que los copos quieran acercarse a acariciarlas, y más altas todavía

para que quieran, además, quedarse a ser hielo endurecido. La tierra se calienta, se aja y se cansa.

* * *

- ¿Y a qué vas a tu pueblo, a pasar unos días?
- Vaya un entierro.
- Vaya, lo siento.
- No te preocupes, yo no lo siento. No siento nada.

Donde ahora se localizan mis hilos, la nada es el espacio infinito del presente en el que no es posible sentir ni siquiera el vacío. Mis fibras han sido primorosamente tejidas para mostrar sólo escenas del pasado. con los hilos que vienen de estar anudados en mi memoria yo sólo sé en este momento que ésta será la tercera vez en mi vida que vaya a un cementerio.

* * *

La primera vez fue por puro capricho. Nosotros no teníamos enterrado a nadie, así que yo, de pequeña, no tenía excusa para subir al cementerio. Pero un año aproveché que mi vecina iba a subir a arreglar el nicho de su padre la víspera de los Santos para pedirle a mi madre que me dejara ir con ella. Mi madre estaba tendiendo una lavadora de color y, al principio, me dijo, con una pinza en la boca, que no, que qué necesidad, que vaya un capricho. Yo hablaba y hablaba y le iba detrás. Pero ella seguía diciendo que no. Hasta que,

en un momento, se quedó quieta, inclinada frente a la boca abierta de la lavadora, como sorprendida en una fotografía. Y luego, en lugar de terminar de meter la mano para sacar el mazo de tela retorcida, me acarició la cabeza y me dijo que bueno, que sí, que podía ir.

Y éste fue el momento en que, incluso para mis cortas luces, tenía once años, quedó claro que si me dejaba no era, desde luego, por la retahíla de argumentos que había estado reuniéndole yo, sino por alguna razón sólo suya que se le debió venir a la cabeza en ese instante en que estuvo pensativa.

El caso es que al fin pude entrar en el cementerio de mi pueblo, igual que las niñas que tenían la suerte de disponer allí de alguien a quien ir a visitar. Al principio me causó mucha impresión ver las tumbas y, sobre todo, imaginarme que dentro había cadáveres, pero al poco rato, y a pesar de la novedad, ya me estaba aburriendo porque la tarea de mi vecina era larga y exigía ser hecha en silencio.

Tanto me aburría, que se me ocurrió un juego: fijarme en las fechas de las lápidas y echar cuentas hasta encontrar a una niña que hubiera muerto a la misma edad que yo tenía entonces. No tardé en encontrar a un niño; pero me dije, con aquel rigor de autodisciplina que nos imponíamos en nuestros juegos solitarios, que no valía que fuera niño, que no valía hacer trampas, que había dicho para mí que niña y niña tenía que ser. Y seguí buscando. Y la encontré. Todavía hoy siento un escalofrío al recordar que se llamaba, además, igual que yo.

Llevaba un buen rato absorta en mi descubrimiento, cuando vino a ser una golondrina, que entonces ,roló rasante por encima de las tumbas de aquel lado del cementerio, la que logró que dejara de mirar la lápida para seguirle el vuelo. Y mientras seguía sus pasadas fulgurantes y los brevísimos respiros que se tomaba en los brazos de las cruces, pensé en su frío y en que sería mortal para ella si no emigraba pronto, como lo fue para la golondrina del Príncipe Feliz. Luego se posó más largamente en uno de los cascotes de cristal que

escarpan la tapia del cementerio para que ningún necrófilo la salte. Aunque necrófilo es una palabra demasiado rara y no creo que haya sido necesaria nunca por aquellos cerros. Si había cristales verdes de las botellas de vino Savin y cristales marrones de la cerveza El Alcázar dentando las tapias del cementerio, era más bien para que no las saltaran los niños en busca de huesos del osario con los que demostrar sus viiriles victorias sobre los muertos.

A partir de los once o doce años, la tribu de ellos colecciona vértebras descarnadas y nocturnas. Y las coleccionan por el mismo motivo que les lleva a pintar penes encendidos en las puertas de los retretes de las niñas en la escuela. El primer pene que yo vi en mi vida tenía ojos en el glande y era él el que me miraba a mí.

Se citan cinco o seis zagales en la Cuesta del Cementerio, cuando ya la noche no deja lugar a dudas, y uno de ellos va, solo, hacia las tapias imponentes que separan su vida de la de los muertos. Los otros, a una prudente cercanía, vigilan que sea cierto que el novicio entra en el oscurísimo sembrado de los esqueletos. Al día siguiente, en el recreo, nos reunirán a nosotras, las niñas, para enseñarnos los huesos robados en la zanja donde los tiran -una cuneta que recorre por dentro los contornos del cementerio- y damos testimonio de la veracidad de la hazaña: haber entrado su dueño, solo y de noche, a cogerlos. Dirán que éste ha demostrado así no ser un mariconazo (sic), como el Josemari, el hijo del cabo de la Guardia Civil, que le compró sus huesos al Paco-chico por diez duros para no tener que saltar la tapia, para poder quedarse, muerto de miedo, a la vuelta de la esquina, por fuera del Camposanto.

Y es que, cuando le tocó ir al Josemari, todos vieron cómo se alejaba en la oscuridad y se perdía en ella. Pero lo que en verdad hizo fue quedarse de este lado de las tapias, donde los otros no podían verlo al rato que le pareció prudente, volvió contando los mismos sustos que había oído contar a los demás y enseñando los huesos que dijo haber encontrado; y todos se lo creyeron, claro que sí. Hasta que el

Paco-chico vino a descubrir que los huesos eran suyos, que el Josemari no había tenido huevos para entrar a buscar huesos propios y que le había cobrado nada menos que diez duros por prestárselos unos días.

Cuando el padre del Josemari se enteró porque el escándalo estaba ya en boca de todos los críos del pueblo, y de los mayores también, lo agarró de una oreja y, a pescozones, lo subió una noche toda la Cuesta chillándole que él no criaba maricones (sic), y lo obligó a saltar la tapia y a quedarse solo en el cementerio hasta que él lo llamara, y allí lo tuvo sus buenas dos horas...

Pero no terminó ahí la cosa, porque todo el pueblo se enteró también de lo que había hecho el padre, que lo hizo precisamente para que todo el pueblo se enterara, y el maestro de Lengua dijo que todo eso era sacar las cosas de quicio y que haría mejor la Guardia Civil vigilando que nadie entrara en el cementerio, en vez de incitar a que lo hicieran sus propios hijos. Entonces, el comandante del puesto sancionó al cabo y el cabo castigó a su hijo a que no fuera ese año a las colonias de verano y Don Emilio, el director de la escuela, le llamó la atención al de Lengua por criticar, delante de los alumnos, a la la Benemérita.

El caso es que, desde lo del truco del Josemari, los cinco o seis que se citan en la Cuesta del Cementerio, además de dar fe cierta de que el nuevo entra, lo registran primero para darla también de que no lleva en los bolsillos huesos previos.

Cuando años después le tocó ir a mi hermano, me dijo que, a parte del registro, les hacían repetir el siguiente juramento:

- Juro que no haré trampas como el hijo del cabo,
- Juro que no haré trampas como el hijo del cabo,

- y si las hago, que me muera como él, ahogado,
- y si las hago, que 1ne muera como él, ahogado,

-que me coman los peces y que no me encuentren como a él no lo encontraron,

-que me coman los peces y que no me encuentren como a él no lo encontraron,

-y donde quiera que esté el muerto, si ahora miento,

-y donde quiera que esté el muerto, si ahora 1niento,

-que venga y se me presente esta noche su esqueleto,

-que venga y se me presente esta noche su esqueleto,

-cuando esté robando huesos.

-cuando esté robando huesos.

-Amén.

-Amén.

Conocí al Josemari. Era un poco mayor que yo. Y lo recuerdo todo y que se ahogó en el río ese mismo verano que no fue a las colonias. Pero mis hermanos ,'a no lo conocieron y, como ha pasado siempre, llegará un momento en que nadie podrá explicar, aunque se lo sepa de memoria, el origen de ese Juramento.

* * *

No quiero ni pensar lo que sería para mí formar parte vertebral de la colección de huesos para el recreo de mi machito en ciernes. Lo que de verdad me gustaría sería desaparecer en «el corazón de las tinieblas»...

Cuando era pequeña, imaginaba -a mi parecer, con todo lujo de detalles-las selvas tupidas y oscuras del Amazonas de Colombia y las aventuras exóticas que debió vivir mi padre mientras les sacaba madera para el aserradero de los asturianos a orillas del río Magdalena. (El río hacía gratis el porte de los troncos de dimensiones mitológicas. De haber querido, el río habría conseguido cobrar por el trabajo de su corriente lo que le apeteciera, porque no había en el mundo camión tan grande que fuera capaz de llevar uno solo de aquellos árboles). Las imaginaba, pero no se las contaba a mis amigas ni a nadie, como no me las contaba a mi padre, ni a nadie, por no parecer tontos y creídos y dar la impresión de querer impresionar, que en los pueblos es muy peligroso cualquier exceso. Pero yo no las contaba, además, por todo lo contrario de la humildad: porque no me parecía a mí que fuera yo tan pobre de espíritu que necesitara contar los alardes ajenos para lucimiento propio. Había crías que hablaban del viaje que había hecho su padre a Madrid, sin que ellas hubieran ido siquiera, como quien cuenta, sin embargo, su participación en un hecho histórico. A todas nos gustaba presumir; lo que no entendía es cómo ellas no se daban cuenta de que era precisamente así, conformándose con el material ajeno, como se condenaban solas a vivir de prestado.

- Tú, si tuvieras que suicidarte, ¿cómo te suicidarías?

Eso me preguntaba Tere de pronto, a cuento de nada, entre chupetón y chupetón de piruleta roja con la que nos pintábamos los labios... O se lo preguntaba yo, lo mismo o algo por el estilo, frenando en seco una carrera que tampoco tenía ni pie ni motivo. Porque eran

aquellos años, sobre los once o doce, en los que toda posibilidad, toda alternativa, toda encrucijada de caminos, se convertía para nosotras en una pregunta íntima, que era imprescindible responder. Se convertían en preguntas tan importantes para nosotras, como intrasladables a las personas mayores, que decían siempre:

-¡Qué tonterías se te ocurren! Yo no pienso suicidarme...

-Bueno, pero si lo pensaras alguna vez, ¿cómo te suicidarías?

-Es que no lo voy a pensar nunca -seguían ellos.

-¿Pero es que no puedes pensarlo ahora en un momento!-era como si no supiesen que se podía pensar cualquier cosa sin ningún compromiso de hacerla luego.

-Que me dejes, que no tengo tiempo de tonterías.

¿Cómo podía ser la necesidad trascendental de tener prevista una respuesta personal para cada cosa una tontería?

-Si se estuvieran ahogando al mismo tiempo tu hermano y tu hermana y sólo te diera tiempo a salvar a uno de los dos, ¿a quién salvarías?

- ¡ Vaya una ocurrencia! Esas cosas no pasan -Decían ellos y se quedaban tan tranquilos, como si pensarán que nosotras éramos tontas y que no sabíamos que esas cosas no pasan ¡ Pues claro que no pasan!

-¡Ya sé yo que no pasan, qué tendrá que ver! No te lo pregunto por eso, yo te lo pregunto para saber qué harías tú, suponiendo, es un «suponer».

Aunque a veces, de buenas a primeras, sorprendentemente, una de nuestras preguntas de tener que elegir, tan igual a cualquier otra, provocaba en ellos, sin embargo, la misma necesidad de ser respondida que en nosotras.

-Si tuvieras que irte fuera de España a la fuerza, ¿qué país elegirías?

-¿Si tuviera que irme, dices?, ¿a la fuerza?

-Sí, eso, ¿qué país elegirías?

-Pues... no sé... si no tuviera más remedio... no sé, pero adonde no me iría, seguro, es a Francia o a Alemania.

¡Oh, no! Y es que, no obstante el buen comienzo, seguramente era mucho pedir que lo hicieran todo bien.

-Sí, ya, a lo mejor no te irías ahí, pero yo lo que te pregunto es «adónde» te irías si no te quedara otra, a qué país, tienes que elegir uno.

- No sé, cualquier país de Sudamérica, más vale ser cabeza de ratón que cola de león. Además, allí se habla lo mismo que aquí y eso cuenta mucho.

-Que sí, que bueno, pero a cuál. Tienes que decir uno, ¿no puedes irte a todos a la vez! Venga, di., ¿cuál elegirías?

-¡Ay, nena, yo qué sé, pues a uno! Qué más da eso ahora, ya lo pensaría...

-¿Es que no puedes pensarlo ahora? Supón que tienes que irte mañana mismo, que no te queda más remedio y que tienes que irte mañana mismo... ¿Adónde te irías?

- ¡A Méjico, mira, ¿te parece bien a Méjico?! ¿O no te parece bien?

-No es a mí a quien le tiene que parecer, a mí me da igual, que lo sepas.

* * *

-Cuando se lo pregunté a la Vázquez -siguió Tere con lo del suicidio-, ¿sabes lo que me dijo? Me dijo que, ella, cortándose las venas, como en las películas. Pero eso es mentira porque yo no me creo que se atreviera, lo que pasa es que la Vázquez se cree muy valiente.

-Seguramente ella se ahorcaría, como todos en este pueblo -dije yo con desprecio-. Aquí todo el mundo se ahorca en una oliva, no tienen cabeza ni para eso; se le ocurriría a uno la idea, al primero, y luego ya todos igual, ala, como borregos.

- Ea, pues lo que tienen más a mano: un ramal y una oliva.

-A mano tienen también una escopeta, veneno de curar las olivas, un pozo, los cables de la luz... Que no, Tere, que no es por eso, lo que yo te diga.

-Pues yo desde luego así no, ahorcándome no. Dicen que se tarda mucho y que pegas estirones con los pies, como un conejo antes de estar en el arroz...

-...y se te sale medio metro de lengua...

- Yo no, yo ya me he pensado cómo ¿Y tú?

- Yo también. Dímelo tu primero - le pedí.

-Siempre estás igual, pero la pregunta se me ha ocurrido a mí, te lo he preguntado yo primero.

-Da lo mismo, Tere, si te lo vaya decir igual...

- Pues por eso: como da lo mismo, empieza tú.

-Por mí... si quieres empiezo yo... pero te va a parecer una manera muy rara y vas a querer que te la explique, ya lo verás.

-¿Seguro?

-Seguro-seguro, palabra,

-¿Y no va a ser una explicación tonta? ¿No me engañas?

-Que no, Tere, que no te engaño ¿Cuándo te he engañado yo en eso?

Lo generalmente establecido era que quien hacía primero la pregunta tenía derecho a recibir la respuesta en primer lugar; pero como no siempre era yo quien hacía la pregunta en primer lugar, no me quedó más remedio que idear algo para esos casos, Y lo que inventé fue una especie de oferta especial que consistía en que el precio de una explicación era ceder el orden. Si alguna vez, sobre todo al principio de la entrada en vigor del trato, Tere no había aceptado

de antemano la cesión, simplemente se había quedado sin que le explicara el porqué de alguna rara respuesta mía. De manera que ahora ya, a estas alturas, ella sabía muy bien que cuando yo decía que iba a querer explicaciones era verdad que las iba a querer.

-Vale. Pues yo, si tuviera que suicidarme -empezó a decir, sonriente y con un poquito de avidez, que se le notaba sobre todo en las comas porque tragaba mucho aire, lo que significaba que estaba muy orgullosa de la idea que se le hubiera ocurrido-, elegiría una manera facilísima y que no te enteras: me tiraría desde el sitio más alto que encontrara. Así por lo menos me daría el gustazo de sentir el gustirrinín ése que te da con el vértigo, como en la noria gigante de la Feria, pero mucho más fuerte. Dicen que la montaña rusa es mucho más fuerte que la noria.

Nuestras preguntas eran tan «un suponer», por el mero ejercicio de suponer -o más bien por lo dicho antes, por la necesidad de abarcar todas las vidas posibles y todas las muertes posibles como nuestras vidas posibles y nuestras posibles muertes- que no resultaba en nada contradictorio que Tere, lejos de querer suicidarse, pensara en hacerlo de la forma que más placer le produjera.

-Bueno; todo es. mejor que echarse un ramal al cuello...

- Pero ¿por que tienes tanta mala con eso? No se te va de la cabeza; el otro día lo sacaste también para no sé qué que no me acuerdo... ¿qué era?

-No se me va de la cabeza porque aquí todo el mundo hace las mismas cosas de la misma manera. Hasta eso, hasta matarse. Y resulta que la única ventaja de suicidarte es que eliges tú la manera de morirte, ¿o no? Digo yo.

-Vale, pero no empieces otra vez con tus reconcomes y venga, di; yo ya te he dicho cómo, ahora te toca a ti.

- Yo, para suicidarme de mi manera, tendría que irme muy lejos de aquí. Yo me suicidaría adentrándome en el corazón de la selva.

-¿Cómo en el corazón de la selva? -y después de pensarlo medio segundo, siguió- ¿Qué manera es ésa? Eso no vale... ¿Y qué? ¿A esperar que te coma un león? Eso no vale, no vale.

-Que no es esa clase de selva, que es la otra, la del Amazonas. Allí no puede sobrevivir nadie que no sea de allí. Si te metes en la selva bien adentro, tienes la muerte segura, pero segura-segura, eh.

-¡Pues vaya una manera! ¡Eso no es suicidarse!

-Claro que es un suicidio desde el momento y hora en que te metes porque quieres y sabiendo que, si te metes, te mueres. No sabes cómo, pero como sabes seguro que te mueres... por eso es un suicidio.

-¿Te digo una cosa? Que son ganas de hacerte la interesante.

-Mira, Tere, no me apetece discutir. Si quieres, te digo por qué; pero si no vas a hacer caso de lo que te diga... pues prefiero callarme y punto.

-¡Ah, no, hija mía, no, es que ahora no tienes más remedio decírmelo!

- Bueno. Pues que eso. Que yo me suicidaría así porque, si decidiera suicidarme, seguro que no sería por culpa mía, sino por culpa del mundo. Y no pensarás que yo le haga el favor al mundo, encima, de elegirle la manera... De eso nada. Soy yo la que decido que quiero morirme, vale, eso sí. Pero digo yo que será por culpa del mundo, me imagino, que me habrá amargado la vida, ¿o no? Pues entonces, si es por culpa del mundo, si en el fondo es el mundo el que me mata, tiene que ser el mundo el que me mate, aunque sea un suicidio. Y, yo, a esperar a ver de qué manera se le ocurre a él.

-¡Jo, eso que dices es precioso, precioso de verdad! -A Tere, de vez en cuando, se le iluminaba la cara y se emocionaba de repente, ante mi más rotunda sorpresa, con una intensidad de la que yo no era capaz- Yeso me recuerda otra forma muy bonita de suicidarse que se parece mucho, que consiste en que te metes maradentro, maradentro, maradentro, hasta que te ahogas.

-Sí, se parece. Pero en el mar... -se lo dije suavemente porque, después de su generoso entusiasmo con lo mío, me daba pena quitarle la razón-; aunque se parece, en el mar sabes que te vas a ahogar, no te queda el misterio de no saber cómo te mueres. Además, el mar devuelve a los muertos. Y yo digo lo que digo porque, de mi manera, adentrándome en el corazón de la selva, nadie nunca jamás encontraría mi cuerpo, desaparecería de verdad y para siempre, no me pondrían una lápida.

Desde aquella primera vez que estuve en un cementerio tenía yo juzgado que las lápidas eran una estupidez. Aunque entonces no fuera consciente de las razones. Todas iguales, todas con los mismos datos fantásticos cara al público. Dos fechas que establecen un récord; pero un récord absurdo porque no está al alcance de nadie batirlo, ni por arriba ni por abajo. Y en cuanto a los nombres... Los que se escriben en una lápida para ser leídos son nombres, ni siquiera simplemente de desconocidos, sino peor, de gente a la que ya nunca podremos conocer.

Así que, otras veces puede, no digo que no, pero cuando le conté eso a Tere no tenía ganas de «hacerme la interesante». Lo tenía realmente muy pensado; no tanto el suicidio, sino estrictamente la muerte dentro del misterio de la selva. Las ganas de adentrarme y comprenderlo seguramente se me contagiaron en Colombia, viviendo allí, tan cerca de él.

Hay un sitio, efectivamente, donde la vegetación es el Todo (Todo-Materia, como dicen de los puntos negros, pero en color Verde), donde un ser verde es indistinguible como unidad porque es parte, nacimiento y muerte, simultáneo y yuxtapuesto, de otro ser verde y miles más, en la selva ardorosamente poblada y tanto, que la tierra (un asunto mineral e inorgánico, a fin de cuentas) hace ya varias noches de los tiempos que no existe. No hay tierra y, como no hay tierra ya, lo verde arraiga sobre sí mismo en estratos incontables y los troncos de los árboles hacen las veces, por el parecido que les concede

su marrón solidez, de suelo. Aunque de suelo vertical y cilíndrico, imposible de parcelar en medidas cuadradas (un especulador urbanístico tendría que especular en metros cúbicos con ese suelo tridimensional que es el único que allí quedaría, previamente desalojadas, se entiende, de sus chabolas, las que tienen en los surcos de los trancos, las poblaciones autóctonas de muchísimas otras razas que las orquídeas). Bien, pues en lugar de suicidarme con pastillas, disparos o alguna espantosa precipitación, optaría por suicidarme penetrando en «El Corazón de las Tinieblas».

Una vez adentrada en «El Corazón de las Tinieblas», una de sus diminutas venas venenosas me mataría. No tendría que andar mucho a machetazos para que una de esas abundantísimas serpientes, infaliblemente venenosas, diminuta -cuanto más pequeña, más matona-, me inoculara sustancia bastante, con ser apenas una gota, para matarme, no ya a mí, sino a alguien dos veces más grande que yo. Y no siendo mi ánimo el de sobrevivir, sino el contrario, no llevaría botas altas de cuero que me protegieran los lugares habituales del mordisco; llevaría, como se llevan ahora, unas Victoria blancas, desnudado de cordones el empeine, además; no llevaría tampoco una chupa de cuero que pudiera evitar los también envenenados arañazos de ciertos espinos; llevaría una camiseta Ferrys de algodón y de manga corta... En fin, de veranillo, me vestiría de veranillo para la ocasión.

* * *

Yo tenía ocho años y aquel era un cristal mágico, de los que en el cine producen espadas de luz que ciega a los malos y salva a los buenos. Del tamaño de un chicle Bazoca de tres ruedas. Transparente y con aristas, como los diamantes. Por una de sus caras, parecía estar

roto. Parecía, por esa cara, que alguna vez hubiera sido un cristal mágico entero, del tamaño de un huevo, que perteneció a una señora muy vieja, muy sencilla y muy buena, de ojos azules y muy sabia, con un moño de pelo blanco y muchas horquillas sujetándolo, que tuvo que partirlo por la mitad para darle un trozo a cada una de sus dos nietas gemelas el día que las dos, cada una por un lado, salieron a recorrer el mundo. Tuvo que partirlo porque quería protegerlas a las dos por igual y sólo tenía un cristal mágico. La magia del cristal se dividió así por la mitad y, de seis deseos que podía conceder el cristal entero, ahora podía conceder tres cada mitad.

Cuando la gemela presumida y caprichosa gastó sus tres deseos y exigió el cuarto y el cristal no pudo concedérselo, se enfadó mucho y lo tiró al río para que se perdiera entre los guijarros, gruñendo con su voz de pito: «¡Ya no eras más que un pedrusco, ya no me sirves para nada, ya no te quiero!»

En el río, donde bajábamos a bañarnos mis padres y nosotros y mis tíos y mis primos y comíamos paella y mi padre tendía, de chopo a chopo, una hamaca de los indios de Colombia con los que había vivido mientras estuvo cortando madera en las selvas amazónicas, encontré yo el despreciado cristal mágico de la gemela tonta. No es que la gemela tonta hubiera estado precisamente allí, en el Charco de la Pringue, es que los ríos van cruzando países enteros, desde lo más remoto, hasta que llegan al mar, y el río lo había arrastrado hasta allí y yo lo había encontrado, por el brillo, cuando me mandaron traer la sandía que se estaba enfriando en el agua, dentro de una malla de plástico rojo que estaba atada a los juncos para que no se llevara la corriente el postre.

- Nena, hija, tira eso, que te vas a cortar.

Eso fue mi madre. Y mi primo, el mayor:

-¡Vaya un tesoro! ¡Ya ves tú, un culo de botella!

-¡Que ya, que sí, hombre! No se parece a un culo de botella ni en lo blanco de los ojos. Le pinta ser un culo de botella lo mismo

que a un santo dos pistolas, que te enteres. -y ésa era yo, sí, con ocho años.

-Oye, prima, tú hablas muy raro para la edad que tienes. Siempre dices cosas largas y con ejemplos...

- Deja a la chiquilla, Pepe -Mi tía, su madre. pero la cosa es que no te los sabes bien, tú no sabes poner Bien los dichos. Mira, se dice así, por ejemplo: «Eres más rara que un piojo verde» -y se rió.

- y tú eres tonto, más tonto que el que asó la manteca. -Le dije. Y entonces se rieron todos. Y mi tío:

-¡Anda, toma ésa, Tomás! -Aunque dijera «Tomás», le estaba hablando a mi primo Pepe- ¡No dirás que eso está mal dicho! Y déjala, que está recién venida; ya aprenderá ella a ponerlos en su sitio cuando lleve más tiempo aquí, que tu prima es muy lista; qué más quisieras tú, gañán, sacar las notas que saca ella.

-¡Es que tercero es muy fácil, tercero lo sacas con la gorra!

- Pero los mayores ya no hacían caso, estaban riéndose de otra cosa que había dicho mi tío y que no tenía nada que ver con nosotros, así que mi primo me miró para seguir hablándome sólo a mí. -Pero ya verás tú, so lista, cuando llegues a quinto, con los conjuntos y con todos los ríos y todos los sistemas montañosos.

- Yo no he dicho nada, primo.

-Si, tu me has llamado tonto.

-Y tú a mí piojo.

-Porque eres muy rara, de verdad-de verdad que eres muy rara.

- No soy rara.

-¡Ay que no! ¡No poco!

- Es porque soy más chica que tú , ' no me entiendes.

- De eso nada. La Marisa y tú tenéis la misma edad y no os parecéis en nada; pero en nada, vaya. Mi hermana es normal, mientras que tú... Bueno, pues que eres más bien rara, qué quieres que te diga

-Eso es porque te he dicho que éste es el cristal mágico que tiró la gemela tonta... Pero yo-lo-digo-pero-no-me-lo-creo.

-No es por eso. Yo también me imagino cosas, todo el mundo se imagina cosas, yo lo digo por todo.

- El raro lo serás tú... Porque yo sé que este cristal no es mágico ¡Pero un culo de botella no es! Eso sí que no. Yo sí sé lo que es; tú no lo sabes, pero yo sí lo sé lo que es ¿Quieres que te diga lo que es de verdad? Mira, míralo, ¿ves? Es un trozo de un cenicero de esos que hay en el escaparate de lo de Muebles Arpi, que brillan mucho y son muy caros porque son para hacer un regalo de una boda. Por eso tiene estos picos, un montón de picos, porque es un cenicero especial. Si este trozo fuera de la parte que tiene la cata donde se pone el cigarro, entonces sí que te darías cuenta de que es un cenicero y no vendrías conque es un culo de botella, porque un culo de botella es imposible que sea, ¿no ves que no puede ser? Yo digo que es mágico, vale, pero-yo-lo-digo-pero-no-me-lo-creo. ¿Lo ves que no me lo creo, que sé que es un cenicero?

-¿¿Pero es que no te das cuenta?! ¡Pues precisamente por eso digo que eres muy rara! ¡Es por lo que dices! ¿Es que no te oyes? Que si el escaparate, que si la boda, que si la cata del cigarro... ¡Y todo para decir que es un cenicero! ¡¡Lavirgen!!

- ¡Claro! Porque no es un cenicero normal, como los cuadrados de los bares, que son lisos y no tienen picos. Yo no digo que este trozo sea justo de un regalo de una boda, no digo eso, te lo digo, como si dijéramos, para que veas que no es un cenicero normal... ¡O si no, ¿cómo lo digo?!

- Bueno, ala, ya, ea, no me calientes más la cabeza, que yo sé muy bien lo que me digo. Lo que pasa es que tú no lo ves porque te sale así, sin darte cuenta.

-¿Qué es lo que me sale así?

- Pues las explicaciones, que te explicas más que un ministro, que te enrollas más que una persiana, que... que... bueno, ¡Que-me-

dejes-ya-en paz-que-me-voy-a-bañarme! -Y se fue.

Tenía que haberle dicho desde el principio que sí, que era un culo de botella, aunque no fuera un culo de botella, porque lo que mi primo había querido decir es que no era un cristal mágico, sino un cristal cualquiera y que no importaba de dónde fuese. A mi primo no le importaba de donde fuese, y a mí tampoco, pero yo, aunque no me importara y aunque apenas me fijase, no podía evitar caer en la cuenta de lo que podía y lo que no podía ser una cosa. Cualquier cosa.

Tenía que aprender a no dar explicaciones, a no pasar nunca del principio, a parar a tiempo, a no desarrollar, a quedarme donde se quedaban ellos, a no ver más allá, ni siquiera las evidencias más evidentes.

Cuando mi primo fue a bañarse y me quedé sola con mi cristal mágico, se me saltaron las lágrimas.

* * *

Allí estaba yo, con mi cristal mágico en la mano, pero sola y medio llorando, mientras mi primo se bañaba tan tranquilo porque le importaba un pito la angustia que pudiera haber provocado en mí su juicio.

Aunque, bueno, yo sabía que un día aparecería por la Plaza de los Caños, cuando estuviéramos todas, una niña mayor, como del instituto por lo menos, y me llamaría a mí y yo saldría de la fila de saltar a la comba y acudiría, habiendo adivinado ya, cinco o seis baldosas antes de llegar a su lado, quién era. Acercaríamos las cabezas para proteger nuestro secreto y yo sacaría entonces del bolsillo de mi mandilón mi trozo de cristal mágico y ella sacaría el suyo y juntaríamos las dos partes y, en ese momento, a las dos nos envolvería una nube

de luz que luego explotaría en las narices de toda la plaza, como explota un globo, dejando el vacío y la desaparición donde hubiéramos estado.

Y, cuando fuéramos por al aire sobrevolando un campo nuevo y unas montañas más altas que la sierra, ella me diría:

- Vamos a mi palacio, que fue mi segundo deseo, a que vivas conmigo, que fue mi primer deseo. Porque tú fuiste mi primer deseo. Yo tengo una hermana gemela que ahora no sé ni dónde está. Nos parecemos como dos gotas de agua, pero delante del espejo. Y lo primero que le pedí a mi cristal mágico fue una verdadera hermana gemela que viniera a vivir conmigo en un palacio encantado; una mente gemela que pensara y sintiera como yo. Y mi cristal mágico me dijo, con su cristalina voz, que la persona que yo buscaba sería la misma que, habiendo encontrado su otra mitad, reconocería que era un trozo de cristal mágico y lo guardaría. Pero me advirtió que tendría que esperar mucho tiempo, hasta que mi hermana gastase sus tres deseos y tirara su cristal al río y el río lo arrastrara hasta donde tú pudieras cogerlo. Para lo primero, para que mi hermana gastara sus tres deseos, casi no hubo que esperar: no hacía ni tres días que nos habíamos separado y ya no le quedaba ninguno. Pero estaba muy lejos de tu tierra cuando tiró el cristal. Y tardabas tanto y tanto en aparecer, que muchas veces estuve a punto de gastar el deseo que me quedaba en pedirle a mi cristal que tú encontraras inmediatamente su mitad... Pero me aguanté.

-Y, entonces, ¿en qué gastaste tu tercer deseo?

-No lo he gastado. Lo he guardado para regalártelo a ti.

-¡Jo!

* * *

El domingo que encontré mi cristal mágico fue el último de aquel verano que bajamos a bañarnos al río. Por culpa del río. Porque el río se traga a la gente, sobre todo a los niños. Se los traga hacia el fondo verde oscuro, lleno de piedras limosas y de madejas de ramas enmarañadas. Como se traga el remolino del váter el papel higiénico. y los cuerpos que se enganchan sumergidos, que no afloran y no encuentran los buzos de la Guardia Civil que vienen de la capital a buscarlos, se deshacen como si fueran de celulosa. Con los buzos, vienen las cámaras de la televisión y, con las cámaras, un hombre de traje y corbata que habla de espaldas al remanso, de pie en los chinorros blancos de la orilla. Nadie que no sea él se pasea, en pleno campo y con los calores de agosto, vestido de traje entero, de camisa de manga larga y chaqueta, todo muy abrochado, y una corbata bien ceñida.

La mujer de la bata de viella estampada de florecillas silvestres, sobre un fondo azul turquesa muy lavado lloraba a voces desesperadas un rato, o ahogándose, tragando llanto, al rato siguiente. Una vieja de negro, junto a una gorda de su misma edad y un adolescente alelado, la consolaban y procuraban sentarla en una silla plegable, hecha del tendido de unas tiras de plástico de colorines ordenados en una secuencia de franjas de dos dedos de ancha cada una: amanilo- rojo-verde-azul, amarillo-rojo-verde-azul, amarillo-rojo-verde-azul... «¡Ay, mi hijo! ¡Ay, mi Josemari mío! ¡Ay, dios mío, qué desgracia más grande!» A través de las rendijas amorcilladas de los botones de la bata, se le veía a la mujer el bañador marrón. Sobre la mesa plegable que acompaña siempre a esas sillas plegables, había todavía una „« fiambreira y un plato con restos de arroz.

Fue por la tarde. Cuando subíamos de vuelta al pueblo, con las toallas extendidas en los asientos para no mojarlos, vimos mucho

ajetreo en la carretera, en otro sitio al que también suele ir la gente a bañarse.

-¡Qué gentío! ¿Qué pasa aquí? Algo ha pasado porque hay furgones de la Guardia Civil... ¡ Uy, y algo gordo, además, porque está también la televisión! ---Mi padre y mi tío aparcaron los coches y mi tío le preguntó a alguien:

- ¿Qué ha pasado?

-Esta mañana... que se ahogó un chiquillo, por lo visto; el hijo de un guardia civil.

Ni a mi padre ni a mi madre les ha gustado nunca meterse en las cosas ésas y, desde que llegamos, estuvieron diciendo: «Vámonos-vámonos, que aquí no hacemos nada, vámonos». Pero mi tío: «Esperaros un poco, hombre, a ver si lo encuentran o a ver qué pasa». Mi tío sí que iba y venía y averiguaba y por eso todos los chiquillos estábamos de su parte y pendientes de los trajes de bucear, de las bombonas, de los focos que habían empezado a alargarse el día y del resto de los materiales

* * *

La segunda vez que estuve en un cementerio también hizo falta que yo me empeñara en ir. No fue en el de mi pueblo, sino en el de un pueblo cercano, al que fui con mis padres para el entierro de pariente. No tenía por qué haber ido, pero insistí en acompañarlos. Insistí mucho: iban a enterrar a un hombre, el chache Manolo, al que llevaba tres años deseando ver muerto, desde los catorce.

-Con lo arisca que has sido siempre con él y ¿ahora resulta que quieres acudir a su entierro? Algo te traes tú entre manos -dijo mi padre cuando estábamos a punto de salir.

El mero hecho de que mi padre expresara en voz alta una sospecha la convertía inmediatamente en advertencia: «Más vale que se quede en eso, en sospecha». Pero la fi-ase que yo le oía a él latir dentro no era en realidad ésa, tan escueta; a mí me divertía imaginaria con más vuelo: «Espero por tu bien que abras las manos en un descuido mío y dejes caer el puñado de intenciones que hayas reunido en ellas, de manera que yo, al ver que las mueves vacías delante de mí -cinco lobitos, como cuando eras pequeña, nunca debiste crecer, puñetera-, piense que he pensado mal».

Había tenido que ver a ese hombre una vez al año, todos los años, para la feria, cuando la corrida. Venía siempre la víspera para sacar su entrada, y se quedaba a dormir ese día y al siguiente. Olía a cal-rasco - porque no todos los pinos huelen igual-, a pino carrasca aserrándose. Así huele la virilidad cuando no se lava, cuando se retestina y repercute. «Suda uno en las olivas todo lo que hace falta y un poco más, sobrino -le decía a mi padre, todos los años lo mismo- ¿y para qué?, dime tú para qué, para mal comer y para el único lujo que se da uno en la vida, venir a los toros, ya ves tú.»

Tenía la mano temblorosa y caliente. Pero sólo sesenta años: no la edad bastante para ser declarado inocente de ese pulso ansioso y esa temperatura pegajosa. Y respunteado de negro el final de todas las uñas. Tenía pajizas las del índice y del corazón por apurar las colillas. Y, como la gota de caldo del cocido, grasa y calentura, que rebosa el labio y escurre por la barbilla de un viejo con Parkinson en el asilo de las monjas, así tomaba él mi barbilla y escurría por toda ella, desde el borde de mi labio, su dedo gordo: «Tu hija, sobrina -le decía a mi madre, todos los años lo mismo-, se parece a mí, no digas que no; ha salido a nuestra cepa ¡Y hay que ver lo mujerona que está ya la chiquilla, eh!». Me miraba igual que olía, con la misma intensidad.. «¿Qué tiempo tiene?,> El suficiente ya, pensé yo aquella ,Tez -«Trece, metida en los catorce», dijo mi madre-, para volver con fuerza la ..- cabeza y zafarme de su espolón. «¡Y qué humos de brava ha sacado

la zagala!» Soltó una carcajada y mi madre dejó por un momento de quitarle las hebras a los habicholones para llamarme la atención. Una de esas carcajadas que son desmesuradamente sonoras al principio y completamente mudas al final. El final de sus carcajadas era un tener la boca abierta y encanada hasta que se le terminaba el fuelle y tenía que resollar. «No le rencilles, mujer, déjala, si no me ha hecho ningún feo; lo que pasa es que se conoce que me extraña y, ea, a ver, ya se sabe que sin roce no hay cariño.» Me miró otra vez tan fijamente, que sentí que lo que acababa de decir iba mucho más allá de lo que había dicho.

Bebió y cenó y, después del postre, como todos los años, se repanchingó en la silla, sobre las dos patas de atrás, balanceándose. A nosotros nos tenía dicho mi madre que no hiciéramos eso con la silla porque podíamos caernos para atrás ~ desnucarnos con el aparador y porque, con hacer eso, solo se consigue que las sillas se resientan, cojan holgura y se desencajen. Con una mano se sujetaba al filo de la mesa pinzando el mantel con el pulgar por encima, como se pinzan los manteles de las mesas al aire libre para que no se los lleve el viento racheado de la primavera. Con la palma de la otra mano abierta, se frotaba la panza en señal de estar ahíto: y es que él, como los malos actores, no podía evitar llenar de evidencias sus gestos. «Ahora, sobrino, un puro, que te convidó yo. Aunque tu te los fumaras mejores, que no hay más que ver lo bien que te va.» Mi padre no ha fumado nunca.

Sucedió cuando me levanté a beber agua. Ya hacía un buen rato que nos habíamos acostado todos y me dio sed. Dejé el libro para ir a la cocina.

No me gusta doblar las páginas de los libros y estuve palpando minuciosamente los pliegues de mi colcha porque no encontraba el separador ni entre las hojas ni sobre el embozo. Acabé entreverando el cable de la lámpara de mi mesilla para no perder la página. Fui a la cocina descalza, así que fui pensando que, al volver, me sentaría en el borde del colchón para pasarme la mano por la planta

los pies y que no entrara en las sábanas conmigo ninguna miguita torturante.

Me puse en un vaso agua fría de la nevera y la mezclé con agua del grifo. Y, a bocajarro, al salir al pasillo para volver a la cama, me encontré a ese hombre cerrándome el paso como un tabique fácil para un corredor estrecho.

- He oído el trajín que te traías en la cama. Menuda zorrilla estás tú hecha. No puedes dormir, ¿eh? Estás calentona, ¿eh?. Pero yo sé cómo se quita eso. Tengo una cosita para ti que te va a dar mucho gustito, ya lo verás...

Me empujó contra la pared, respirando como si hubiera corrido, y un cepo cayó sobre uno de mis pechos y lo aferró para arrancármelo. Me encerró contra la pared con todo su cuerpo y topó contra mi estómago como si embistiera. Y volvió a embestirme varias veces con el bulto de asta crecido en sus ingles, encorvándose un poco más a cada una, para procurar que aquella masa dura no fuera a caer ya sobre mi estómago, sino más abajo, sobre mi vientre. Él respiraba con verdadera avaricia de aire y yo no podía respirar. Agarró mi pecho hasta la náusea. Lijó mis mejillas con su barba y me hizo comulgar su aliento de poza negra. Y si yo, desarmada de mi propio cuerpo, me encogía como una oruga por mis articulaciones, disueltos los huesos, él me enderezaba por un hombro para que me sostuviera a la altura de sus babas. Si volvía la cara todo lo que me permitía el cuello para darle sólo pelo a sus dientes, él, con la fuerza de un loco, me agarraba la barbilla y la hacía girar otra vez a su sitio.

Pero conseguí escurrirme. No terminó de poderme. Aproveché el reflujó de una de sus sacudidas, cuando se retiró de mí un poco para, con la mano libre, buscarse dentro del pantalón la conclusión de sus urgencias, y me fui de él. Me fui ahogándome y vaciada, con el frío seco que es lo único que se queda metido dentro del cuerpo cuando la sangre y los huesos lo abandonan, muertos de miedo y de asco.

Yo no había gritado para llamar a mis padres y él ni siquiera se molestó en amenazarme para que no dijera nada después. De sobra debía saber que de estas cosas nunca se dice nada.

* * *

En el coche, durante el viaje, mis padres siguieron dándole vueltas a la manera tan tonta que había tenido el chache Manolo de morir.

Y, lo que son las casualidades, decían, a su hijo, el primo Manolillo, que estaba haciendo la mili, no hubo que avisarle de que se había muerto su padre. No hubo que avisarle porque, por lo visto, había salido con permiso del cuartel el día de antes, se había pasado la tarde y la noche buscando combinación a dedo para llegar al pueblo y fue a aparecer por su casa a primera hora de la mañana, casi al mismo tiempo que le traían al padre muerto.

Llegamos a la casa del chache Manolo, desalojada ya de muebles la planta baja, llena de sillas -y todavía seguían trayendo más las vecinas- y de gente. Tres años después de aquello, lo vi allí, al fin, de la más satisfactoria manera: muerto. Y había decidido estar presente también cuando lo enterraran porque quería ver, además, cómo sellaban su podredumbre.

Yo sabía que no es costumbre que las mujeres de mi tierra suban al cementerio; las mujeres se quedan a consolar a las mujeres, sólo los hombres asisten al acto físico del entierro. Pero ya me las arreglaría yo para estar. Tenía pensado irme de la iglesia, sin que lo notaran mis padres, antes de que terminara el funeral. Y llegaría al cementerio antes que el cortejo y me escondería en cualquier rincón con tal de ver, aunque fuera de lejos, el descenso de aquel despojo al

mar de los gusanos.

Por lo pronto, lo vi en medio de la salita, tendido en el raso morado. Yo al menos pude escapar, eso sí, antes de que él me tendiera a mí sobre las baldosas jaspeadas del pasillo. Boca-arriba.

Pero contaban las viejas allí mismo -conversación de velatorio que se habían dado casos -al abrir la tumba de un padre, por ejemplo, para meter al hijo dentro, que es la única manera de que quepan juntos en el mismo nicho- de encontrar al muerto boca-abajo, con las uñas rotas y el raso hecho trizas. Las viejas no saben pronunciar las palabras difíciles: catalepsia. Decían que, para asegurarse de que un muerto es un muerto cierto y no sólo que lo parezca, hay que darle un mordisco en el dedo meñique. Aseguraban, además, que a los muertos les crecen las uñas y el pelo y que se diría que los dientes también porque, como se les descarnan las encías, pues...

Sobre el cuerpo presente, lo que decían es que el Manolo había muerto de la manera más tonta y más desgraciada y que ya iba siendo hora de que alguien tomara medidas contra la canalla que eran los niños.

Decían que la Guardia Civil estaba haciendo averiguaciones sobre quién podía haber abierto un hoyo tan grande en medio del Camino de la Fuente del Berro, con la mala leche de taparlo con tablas y ramas para que cayera dentro el primero que pasara por allí. Que fue el Manolo. Cayó él y, detrás de él, encima, le cayó su mulo, que lo aplastó y lo coceó -pobre animal, con los nervios, claro- y lo mató.

Decían que fue la Guardia Civil la que dijo que lo más seguro es que el hoyo fuera cosa de los zagales, que ya iba para años que habían tomado la costumbre de abrir hoyos para entretenerse con que la gente tropezara. Pero que ahora había que averiguar qué zagal pudo salir de noche de su casa para maquinarse una diablura tan peligrosa, con resultado de muerte, decían. Porque el hecho es que un hoyo tan grande, de casi metro y medio de lado por otro tanto de hondo, se tarda horas en cavarlo, y tuvo que ser de noche o de

madrugada, porque no estaba cuando pasaron por allí los últimos que volvieron al pueblo desde sus olivas, el Manolo mismo entre ellos.

-Menos cosas pasan de las que tendrían que pasar con lo que los zangalitrones discurren para hacer la gracia, que no discurren más que desgracias... '-Esto lo decía, con el tono solemne que ponen los retrasados para disimular su merma y estar a la altura de los demás, el primo Manolillo, el hijo bobo del chache Manolo.

Era un poco retrasado, pero no lo bastante para librarse del servicio militar. Fue su propio padre el que hizo en mi casa el viejo chiste: «Fíjate si será tonto, que no ha valido ni para librarse, por tonto, de la mili. Le salió a su madre, que en paz descanse, que tampoco daba mucho de sí la pobre... Va y se me muere de parto, por primeriza, y mira tú para qué fruto, para dejarme a mí un cargo para toda la vida, que sé yo que va a ser para toda la vida porque ése se me queda mocico viejo; ea, ya me dirás tú, si no, quién va a querer casarse con un cipote...» (la mayoría de las mujeres, dirían algunos. Pero la cosa es que «cipote», en mi tierra, significa sólo tonto).

-No hable usted así, chache, que el Manolillo es muy buena persona y va a ser la alegría de su vejez, ya lo verá; y, si no se casa, mejor, tendrá usted quien lo cuide cuando le haga falta. -Era mi madre, que no puede evitar corregir toda crueldad que oye.

A mí me corregía también cuando decía que no podía aguantar al chache Manolo ni que se metiera así con el muchacho, que estaba mucho más acomplexado por su culpa, porque él se encargaba de recordarle continuamente que era tonto.

- Y mira tú quién fue a hablar, ya ves tú, ¡menuda lumbrera!

-decía yo.

- Él no tiene la culpa de no saber cómo hay que tratar a los retrasados. Ahora os enseñan muchas cosas en el colegio, pero, antes, ni íbamos a la escuela ni nos enseñaban nada.

-¿Y no traerlo nunca a los toros? Porque eso no me dirás que hay que aprenderlo en una escuela... Viene siempre él solo. Y no será

porque el primo no se lo gana, que trabaja el muchacho en las olivas como un esclavo; más que él, seguramente.

- Pensará que no le aprovecha, y que es mucho dinero para que no le aproveche.

-Que sí, que ya, que no me digas más. Lo que pasa es que para terminar de tenerlo todo bonito es también agarrado el hombre... Mira, mamá, que no, que hay mala gente y hay mala gente y ya está. Con malas entrañas. Aunque tú no lo quieras ver. Y el chache Manolo es uno.

* * *

En los velatorios hay que sentarse. Y yo fui a sentarme al lado de mi primo Manolillo y procuré hablar con él porque, aunque era el único hijo del muerto, nadie le daba conversación más allá del pésame y cuatro palabras sobre ofrecimientos vagos de lo que le hiciera falta...

-¿Qué piensas hacer? -le pregunté al poco, aunque sin querer saber nada concreto en realidad, y me sorprendió que me diera una respuesta tan larga y tan completa, que parecía una redacción de colegio.

- Lo primero, enterrar a mi padre. Lo segundo, terminar la mili. Después, cuando me suelten, venirme a mi casa de mi padre, que ya es mía, y no descuidar las olivas, que hay que estar muy sobre ellas para que den. Y luego, cuando se pase bien el luto, casarme y tener hijos.

- Vaya, lo tienes todo muy bien pensado, primo.

- No-lo-tengo-todo-pensado, no-lo-tengo-todo-pensado! Yo no he pensado nada, se me ha ocurrido todo sin pensarlo.

-No me entiendas mal, Manolo, que tú sabes que yo no te lo

digo porque me parezca mal. Al contrario, me parece muy bien, pera que muy bien, que sepas lo que quieres hacer. Mucha gente se queda parada cuando le pasa algo gordo en la vida y se pasa mucho tiempo sin dar pie con bola. Además, tú sabes que a mí sí puedes decirme las cosas como las piensas, a mí sí, ¿a que sí?

-Sí, a ti sí, prima, a ti sí... porque tú no eres como... Porque tú no te bur... tú de nunca... tú por lo menos me...

-Venga, Manolo, hombre... -se estaba emocionando- ¿Así que piensas casarte? La mili no va ser tan larga, ya lo verás. Y es verdad que a todos, en cuanto termináis la mili, os entran las prisas por casaros. -Mi manera de hablar era una interpretación y yo la disfrutaba secretamente: me burlaba de mis paisanos, como si no fuera una de ellos, imitando su manera de expresarse y sus comentarios más típicos; esa intensidad que ponen para nada que dicen; hasta cruzaba los brazos por debajo del pecho, como las mujeres gordas., empujando hacia arriba mis tetas, y movía no menos de tres veces la cabeza con todo el tronco, afirmando mis propias palabras en suave balanceo., afirmando, afirmando... -Sí, sí, os entra mucha prisa, sí ¿Y tienes novia?

-Ahí ando, rondando a una... Pero que no tengo yo capricho de ésa mismamente; puede ser otra. La cosa, prima, es que ahora tengo casa y olivas para casarme con una buena muchacha. Muerto mi padre., todo es para mí. A ti nada más te lo digo: muerto mi padre, todo es para mí y, aunque sea un poco tonto., digo yo que ahora no me van a hacer tantos ascos como antes.

- Tú no eres tonto.

- No, si me da lo mismo, prima. Si yo se que no valgo para otra cosa que para el campo, pero ahora vaya trabajar en lo mío y que digan lo que quieran, que otros más listos que yo no desarrollan sentido para lo que hace falta; y mira yo, tonto y todo, cómo me veo de bien ahora... pero esto te lo digo a ti nada más, a ti nada más te lo digo. -Se había asustado de sus propias palabras.

- Yo no quería mucho a tu padre, Manolo. Ni mucho ni poco, ésa es la verdad, porque no era una buena persona. A ti no hizo nada más que mortificarte toda la vida.

- Pues sí, pero ¿sabes lo que te digo? Que pelillos a la mar. Que todo lo malo se termina. Que el vivo al bollo y el muerto...

Aquí se paró como si su lengua...

-al hoyo.

hubiera recibido una orden urgente. Y fui yo la que terminó la frase.

* * *

La gente, en mi pueblo, no dice: «fuimos al cementerio», dice siempre: «subimos al cementerio», porque el cementerio de mi pueblo está en lo alto de una loma, coronando la pequeña explanada que se forma arriba.

Yo soñé una vez que vivíamos en la última casa de la Cuesta del Cementerio, la última antes de llegar al cementerio, y que una noche vi a los muertos levantarse en blanco y negro y bajar a cámara lenta, viniendo. «Alguna tiene que ser la última», había dicho mi padre, en el sueño, porque la compró y nos obligó a mudarnos. Cuando vi venir a los muertos en manada, con los ojos saltones y los dientes crecidos, bajando la calle, me di cuenta de que no era la última, sino la primera, corrí a despertar a mis hermanos, que eran los que son, cuatro, y todos más pequeños que yo. Fui desesperadamente de uno a otro, de cama a cama, pero ellos remoloneaban haciendo pucheros mimosos de protestones. Los muertos, mientras, avanzaban a cámara lenta bajando la calle, viniendo, llegando casi, y alargaban

los brazos hechos trizas hacia delante, adelantando el momento, aunque les faltaba un trecho, en que podrían atrapar a alguien con ellos. Mis hermanos se negaban, inconscientes, a deshacer la flacidez de sus músculos dormidos y yo no conseguía, por más que los abrazaba en vilo, incorporarlos y devolver a sus huesos la consistencia sólida que necesitábamos de inmediato para salir corriendo. Sólo después de intentarlo y fracasar varias veces, gritándoles y zarandeándolos, y como no podía llevarme a los cuatro auestas –y los muertos viniendo, llegando casi-, se me ocurrió acudir al dormitorio de mis padres a despertarlos y pedirles que me ayudaran. Pero, cuando abrí la puerta del dormitorio de mis hermanos para ir al de mis padres, mi padre venía ya por el pasillo. Venía con los ojos extasiados y fijos en mí, demasiado fijos, andando lentamente, muy lentamente, demasiado lentamente... y con los brazos por delante.

* * *

Y ese pueblo era igual que mi pueblo. La calle que subía al cementerio era la misma. Las mismas puertas de aluminio brillante, con cristales biselados de caramelo, estaban sustituyendo, sacrílegas, a las puertas de madera recia de toda la vida: puertas con tronera para el gato, con llamador, que era una mano empuñando una bola, y con tachuelas de metal; puertas que tenían llaves tan grandes como llaves inglesas y, por dentro, un cerrojo de manivela tan largo y protector, como el cañón de una escopeta; y, así como el cañón de la escopeta acaba en la mirilla, así acababan aquellos grandes cerrojos en ele, como una alcayata. El próspero panillero que hacía obra en su casa W ponía en la fachada el mismo ladrillo visto en las fachadas reformadas de los panilleros de mi pueblo. Ladrillo visto, y se terminó lo de tener

que encalar todos los años. Yo comprendo la preferencia por los ladrillos de nuestras madres porque era a ellas a quienes les tocaba hacerlo. Pero la casa ya no es blanca; ya no podrá contársele la edad en los desconchones, como se cuenta la de un árbol, por las sucesivas costras de cal que la fueron sacando hacia la acera unos milímetros más cada año. Y las mismas persianas de plástico rígido en lugar de los postigos de madera, que, con la humedad, se bufan y no encajan; esas encarriladas persianas de color crema que martillean como metralletas, ta-ta-ta-tá, y se esconden de la luz para enrollarse consigo mismas, a oscuras dentro de un cajón. Y los mismos zócalos flanqueándome; , también allí quedaban todavía algunos, a la altura de la cintura, pintados grises sobre el blanqueo con un agualiche ceniciento de cemento; los que antes fueran azul azulete, como el filillo de las palanganas. Pero la reforma de los panilleros avanzaba rompiendo las líneas de la calle, recorriéndolas de zócalos de azulejo de cuarto de baño, con cenefas de flores de colores, hasta por encima de la cabeza. La misma abundancia de geranios.

* * *

Me gustaba mucho el paseo de bajar la calle desde la Plaza de los Caños de mi pueblo hasta mi casa, al empezar a anochecer, justo al caer de la tarde, antes de que las madres echaran las persianas y encendieran la luz. Si alguna ya la tenía encendida a esa hora malva, yo veía cómo miraba la mujer la bombilla desnuda (o la bombilla para la que ya había habido el dinero de embutirla en una caperuza de plástico rojo, un sombrero chino, que se compraba bajo el nombre de «lámpara de estar») y suspiraba como si en los párpados tuviera un segundo interruptor y lo accionara ahora en la posición de lucir

definitivamente.

Las ventanas hasta casi el suelo de toda la calle, con sus reja salientes, dejaban ver salitas parecidas a la nuestra: con su mesa camilla, su sofá de escay marrón y el que llamaban mueble- bar, en vez de mueble-librería; aunque, si no había libros, las bebidas no ocupaba: tampoco más que un pequeño receptáculo (de medio metro por medio metro, cerrado, con puertecilla abatible, al fondo de la cual había a veces, en los más lujosos, un espejo y una luz que se encendía al abrirlo, como la nevera, que no ofrecía más que una botella de anís, otra de Ponche Caballero, y alguna indefinible desde la calle, tres a sumo, para justificar escuetamente su nombre.

Me gustaba bajar mirando atentamente porque, siendo, salitas tan parecidas a la nuestra y los gestos de la gente que había dentro tan aparentemente iguales, me tranquilizaba comprobar que sin embargo, ninguna de aquellas mujeres malhumoradas eran mi madre, ninguno de aquellos hombres sin afeitar que no hablaba nunca (como si estuvieran ellos mismos tan seguros como yo de que sólo podían abrir la boca para escupir o dejar de tener la fiesta en paz) eran mi padre y ninguno de aquellos zagales mohínos y reservones eran mis hermanos- Así me sentía protegida, segura y dichosa llegaba a mi casa arrepentida de haberle desobedecido a mi madre, haberla ayudado poco o de haber mirado a mi padre de lado y con desafío. Me arrepentía, incluso, de haberle pegado a alguno de mi hermanos una patada en las espinillas.

Me gustaba porque (en el segundo que tardaba en pasar a ancho de cada reja, en lo que duraba una escena de segundo y medio -el carraspeo gargajoso de un abuelo inerte- , veía la vida entera de todos los personajes, o eso me parecía a mí; y en el continuarse sucederse una reja con otra, sus futuros perfectamente predecibles. me tranquilizaba saber que no serían el nuestro, el de mi familia. Me tranquilizaba porque yo misma me dedicaba a apuntalar ese saber! sosteniéndolo con datos como certezas, todos los que era capaz de

reunir: mi casa no tenía cuadra, mi padre no era agricultor; mis hermanos habían nacido en Colombia; mis abuelos vivían en Monrovia, la capital de Liberia, un país que ni los profesores eran capaces de localizar en el mapa; mi tío Ángel acababa de naufragar en un carguero frente a las costas de Brasil y había salido a nado a una playa sin hamburgueserías; teníamos un apellido que casi nadie sabía escribir a la primera y un loro que andaba suelto por la cocina diciendo «Pepito que te caes» o cantando «yo sé que este verano te vas a enamorar», con todas sus notas y todas sus sílabas... Nos parecíamos mucho, pero no éramos iguales.

Me gustaba ese paseo entre ventanas, en el escaso tiempo que media entre encender la luz y bajar las persianas, como nos gusta colocarnos al borde de un precipicio: sólo para comprobar qué abismo sería caer en él. Y llegaba a mi casa con la misma sensación de salvamento que nos produce retroceder, primero de espaldas, para no perderle la cara al borde, y luego por fin girando y yéndonos para siempre de allí.

* * *

Cuando el coche negro coronó la cuesta y entró en el cementerio, yo ya llevaba un buen rato esperando dentro. Me había escondido a espaldas de una especie de altar de tumbas, una plataforma en alto, un panteón sin techo, desde donde podía verlo todo sin agacharme siquiera. El coche traía sólo las flores carnosas, especiales, de los muertos (esas flores, en verano, desprenden un tufo pegajoso y desvanecedor y, en invierno, huelen a leche agria ya mohoso) porque los muertos de pueblo todavía van a hombros el trayecto completo. Detrás entraron los hombres cargados y, después, los otros hombres, mi padre entre ellos.

Formaron un corro alrededor del ataúd y allí estaba el primo Manolo, Manolillo, en diminutivo eterno, a la derecha del cura, importando. Seguramente por primera vez en su vida. Primo hermano de mi madre, no mío. Las ristras de parentescos en los pueblos son de verdad demasiado largas, pero por las ganas, por el empeño que ponen en mantenerlas, nada más.

Se me ocurrió pensar que tal vez él se alegraba mucho más que yo de ver enterrar a su padre. Porque de una cosa me di cuenta allí: yo no estaba tan pendiente del muerto como pensé que estaría. De hecho, y contra toda predicción, me aburría. Quise obligarme a sentir, o bien satisfacción por ver cumplido, al fin, mi deseo de venganza, o bien alguna reedición, aunque fuera un poco mustia, de la ira que me produjo en su día la agresión. Pero no lo conseguí ni imponiéndome la disciplina.

Y es que los golpes de ese ser mermado y repugnante al que estaban enterrando le habían hecho más daño, casi seguro, al ser mermado y cándido de su hijo, que a mí. En mí, a fin de cuentas, ahora lo veía así, fue a golpear sobre una criatura fuerte, creciente y segura de sí misma, protegida y sana. Mis deseos de venganza habían sido probablemente menos tenaces que los de su hijo; tal vez más nítidos durante algún tiempo, sí, pero más fugaces también que los suyos. Tan fugaces, como pasajera estaba destinada a ser, en comparación con la de él, mi necesidad de aval es externos para saberme vencedora. Porque la venganza, en un contexto así, digo yo que quizá no sea otra cosa que el aval (y tal como lo necesitamos: objetivo) que demuestre, desde fuera, que hemos conseguido vencer a quien nos venció. Una forma de argumentar eso.

Fue allí mismo, pues, en el cementerio, donde me di cuenta de que, en contra de lo que yo creía, cualquiera que fuese la herida que ese hombre me hizo, se había curado. Y que sabía por qué. Primero, por algo de verdad diferenciador: porque no me violó. Y después porque yo nunca me sentí insegura, ni antes ni después, frente a él.

Creo que es cierto que no duele tanto la agresión en sí misma como la impotencia en la que te asienta como víctima; y que es así como se explica que no duela lo mismo la misma brutalidad a unas mujeres que a otras. Porque no duele tanto el qué que sea como lo que significa para cada una íntimamente. Y aquel qué no significó nunca para mí un sometimiento. Tal vez otros episodios, aparentemente menos violentos, me dejaron más huella.

Mientras esperaba que lo enterrasen, tuve la certeza de haber descubierto lo que le pasó al chache Manolo. Reconstruí los detalles de la escena de su muerte y no puede decirse que fuera sólo con la imaginación. Yo sé que lo que voy a contar fue lo que sucedió, sólo que mi sentimiento de certeza no nacía de los hechos, de saber que los datos que tenía eran correctos y la manera de colocarlos bastante probable, sino de los sentimientos y la intuición convertidos en pensamiento lógico y en la única solución posible para conectar aquellas proposiciones de la realidad.

Y yo digo que:

Tardó más de tres horas en cavar el hoyo porque tenía que ser grande y profundo. Eligió el mejor de entre todos los sitios donde solía cavarlos de niño: el Camino de la Fuente del Berro, en el punto donde más se estrecha, donde no alcanza a medir el metro de ancho porque se queda en marcado entre, por un lado, un enorme álamo inmortal y, por otro, una persistente colonia de zarzas y matojos indefinibles que nada ni nadie había logrado erradicar para darle a la vereda la holgura de cañada real que le correspondía. Ni siquiera la aplastante frecuencia con que lo castigaban antaño las ruedas de los carros había conseguido desertizar el asentamiento de esas modestas especies vegetales que se agarran a la vida con la avaricia propia de los seres insignificantes. Él no hubiera sabido explicarlo, pero era por eso por lo que le gustaban las zarzas y cualquier clase de matorral más que las flores y que todos los árboles.

Cuando le pareció que el hoyo alcanzaba la medida que lo

convertía en inevitable, se dedicó a taparlo, disimulándolo cuidadosamente. Utilizó, primero, tablillas de contrachapado de las cajas de fruta que sacan a la basura, por la noche, los de los puestos fijos de la plaza de abastos. Nadie lo vio, tan de madrugada, llegarse a buscarlas. Las fue encajando de lado a lado hasta formar un tupido enrejado con ellas, tres dedos por debajo del borde del hoyo. Después, con parte de la tierra que había desentrañado, cubrió esos tres dedos hasta casi dejarlos a ras y, para hacer la última capa niveladora, la que emboscaría completamente el socavón, puso polvo del camino, seco y del mismo color que todo el camino.

No se notaba nada. Aunque todavía era de noche. Pero tampoco se notaría con las primeras luces del alba; quizás no se notase ni a plena luz del sol. Ahora no le quedaba más que esconderse, esperar.

Pasaría de un momento a otro y no podía calmar su impaciencia ni con el escaso consuelo de fumarse un cigarrillo, no fuera a ser que la brisa de la mañana, que corría en dirección al pueblo, le llevase el olor a tabaco envuelto en el olor general a dentífrico que tiene el amanecer en el campo. Pasaría de un momento a otro y ya no era prudente ni mover los pies siquiera de donde los tenía; seguiría agachado y completamente quieto para no rozar ni una rama y cuando se acercase, dejaría de respirar, incluso.

De chiquillo, se había escondido allí muchas veces, en aquel mismo sitio, a esperar lo mismo de la misma trampa. Pero el hoyo de hoy era más hondo y tenía la boca mucho más grande que cualquier; de los que había abierto en la época en que sus botas de lona granate se tragaban poco a poco los calcetines. Los de antes no estaban bien pensados y más de uno se salvó de caer en ellos porque ni tenía la paciencia de cavarlos más grandes ni los calculaba de manera que el pie no tuviera más remedio que ir a dar el mal paso donde él lo había preparado. Otras veces, se los descubrían antes de pisarlos porque lo tapaba con mucha torpeza y unas cuantas ramitas mutiladas que a la

vista saltaba que no podían tener raíces ciertas en el erial del camino. Sin embargo, más que en la calidad del hoyo, donde mejor podía advertirse que había dejado de ser un niño era en la madurez serena de su odio y en la discriminación precisa de lo que odiaba. El de antes, el que sentía de crío, era un odio denso y, a la vez, no obstante, deshilado, como de mayonesa cortada; y un odio, por otro lado, tan dependiente de los arrebatos, que, a menudo, después de haberlo cansado mucho en alguno de ellos, parecía desaparecer una temporada, como si tuviera que recuperarse fuera de su casa –un caserón grandísimo, rodeado de una apretada maleza, en el centro mismo de la espesura de su corazón-, dejándole una sensación de vacío. El de antes era, sobre todo, a diferencia de éste, un odio universal: a la humanidad entera (lo de menos era quién tropezara ni en qué hoyo, con tal de que alguno se cayera,, a los animales (gatos y perros ahorcados, ranas quemadas, lagartijas descoladas, guacherillos desnudados, lombrices en cuadraditos, saltamontes crujidos, mariposas asfixiadas..., y a las cosas (cegar farolas, interrumpir canalones, amordazar caños, rayar cromados, desinflar recámaras, tumbar pinotes, fraguar huellas...).

Nadie vendría antes que él. Él sería, como siempre, el primero del pueblo en pasar por allí: tenía muy a gala, y no había vecino que no se lo reconociera ni vez que no aprovechara él para decirlo, llevar cuarenta años siendo el primero del pueblo en abrir su tajo cada mañana.

No se puede sacarle a un crío la piel a tiras y llamarle retrasado y el tonto del pueblo cada dos por tres, durante toda la vida, hasta dos días antes, incluso, de coger el petate para la mili (que llegó marcado de verdugones a la primera ducha de todos desnudos y todos se rieron de él por si, además de apaleado, era cornudo, y por bobón y retrasado, sin que el nene aproveche que le han dado un permiso para volver a su pueblo y matar a su padre (porque, con suerte y una coz certera de la mula, se quedaría allí mismo, según un plan que había

estado discurrendo todos aquellos meses para que nadie supiera que había sido él. Y su plan era tan bueno, tan bueno, que no hubiera podido ocurrírsele nunca a uno que fuera de verdad idiota y retrasado.

Aparecería de un momento a otro, él delante, tirando del cordel, y la mula detrás. Siempre andan así un panillero y su mula camino de las olivas. Pisara donde pisara, caería de bruces en el hoyo, y la mula detrás, encima de él, machacándole la cabeza, o la espalda por la espina dorsal, o el pecho por las costillas.

Pero, aunque sólo se rompiera una pierna en la caída y aunque ni siquiera fuese por la cadera, todo el mundo sabe lo malas que son las caídas a esa edad. Caería en cama, por lo menos. Y que fuesen entonces a llamar a su hijo para que lo cuidara, que enseguida iba a ir él, sí, que no le dijeran más, corriendo y todo, vaya, no tenían más que avisarle.. Caería en cama y se moriría viejo y solo, lleno de costras y con las sábanas renegridas, como se mueren todos los viejos a los que no quiere nadie. Más que eso le valdría que la mula lo matara ahora. Pero lo mejor de su plan era que, pasara lo que pasara dentro de un momento, dependería sólo de la buena o mala pata que tuviera su padre... A fin de cuentas, él sólo había cavado el hoyo.

Mientras estuve ida a pensarle a mi primo lo que muy bien podría ser su verdad, había mantenido los ojos saturados, pero ciegos, con la mirada fija, pero perdida, en el círculo que formaban los hombres en torno a la fosa. El protocolo de la muerte se me estaba haciendo de verdad demasiado largo. Creo que hasta me hubiese ido sin esperar al final, de no ser porque no podía sin que me vieran.

* * *

El entierro terminó por fin y la congregación empezó a deshacerse. Los que llevaban boina se la calaban con dos o tres tironcitos simultáneos y todos, sin faltar uno, se remetían las camisas por dentro del pantalón, como por instinto, porque a ninguno de le habían salido los faldones; se recalaban después las chaquetas forcejando con las solapas a la altura de donde se pone el clavel y haciendo con el cuello un movimiento sincopado de acomodo, como el que hacen los pavos al andar, y se iban hacia la puerta atajando por entre los estrechos caminillos del laberinto de tumbas.

Los hombres regresarían ahora a la casa del muerto para recoger a sus mujeres. Mi padre recogería a mi madre y los dos se despedirían de todos y los tres subiríamos al coche para irnos de vuelta a nuestro pueblo. Pero yo también tendría primero que despedirme de aquella gente...

Y me dirían otra vez que hay que ver lo mujerona que estaba ya, mirándonos alternativamente a mi madre y a mí. Mi madre nos miraría alternativamente a mí y a quien lo dijera, haciendo con la cabeza un gesto que sería a la vez de aprobación y de inicio del abrazo para irnos por fin. Un abrazo silencioso, de mujer a mujer, que no se parecería en nada a los ahuecados y sonoros en zarandeo que se darían los hombres unos a otros. Pero me abrazarían y me besarían a mí también y no todos los besos irían a caerme exactamente donde debían, en las mejillas. Los de las viejas, que son chillados y llegan en cascadas de cuatro o cinco por carrillo, era previsible que desatinaran y fueran a caer más allá, casi encima de la oreja, para quedárseme resonando en los tímpanos un buen rato. Todas las viejas, cuando se acercan a besar, huelen a orina porque, en los cambios de estación, agarran una tosecilla y, cuando tosen, se les escapa el punto. Y justo por ahí no se lavan en todo el invierno porque sabido es que por ahí

es por donde más frío se coge. Los viejos tosen también, pero lo suyo es peor porque no se les escapa, sino que escupen a conciencia un gargajo verde que se queda en la acera, esperando que alguien lo pise para luego secarse y formar parte eterna de ella.

* * *

Dos hombres se quedaron trabajando en cerrar las fauces de la fosa recién saciada. Ellos me verían salir del cementerio. Al principio no me importó esperar un poco, pensando que así le daba margen a mi padre para que se alejase. Pero esperé y esperé y ellos no terminaban y a mí se me hacía cada vez más tarde para volver. Ya habrían empezado a preguntarse dónde estaba ,yo. No me quedó otra que salir como fuera de mi parapeto hacia la verja. Pero lo hice andando tranquilamente, con la esperanza de que mi parsimonia retrasase el momento en que los enterradores me vieran y convencida de que mi paso lento, pero firme, les haría desistir de llamarme la atención con alguna pregunta. No los miré, no me detuve, no sé si me vieron. Ahora, eso sí, en cuanto crucé la puerta, eché a correr toda la cuesta abajo y seguí corriendo y hasta que no llegué a un parque por el que estaba segura de no haber pasado al venir, no me di cuenta de que no recordaba bien dónde estaba la casa del muerto. Era más tarde que tarde, me estarían esperando hacía rato y yo, para colmo, me había perdido.

De las afueras del pueblo venía, a las afueras del pueblo había ido a parar ya las afueras del pueblo tenía que ir, pero no por aquel lado. Por allí seguía, al costado del parque, un carril de tierra y adonde yo debía volver era al costado de la carretera general. Y es que no era un pueblo pequeño; mantenía con el mío la rivalidad de ser más o

menos igual de grande, lo que significaba que debía tener al menos once o doce mil habitantes, tres escuelas, un instituto, tres conventos, cuatro iglesias... y una parroquia con dimensiones de catedral casi.

Estaba segura de no haber pasado antes por ese sitio porque era un lugar extraño, extrañamente frondoso para nuestro clima, no habría podido olvidarlo ¡tan inquietante era el parque y la tristeza de la luz que lo envolvía! Miré a mi alrededor porque sentí que algo muy frío, muy verde y muy espeso se había fijado en mí. Sin embargo, nada en el parquecillo se movió por el momento y sólo oía los jadeos de mi respiración de corredora. Y no eran las sombras del anochecer -las barrocas umbrías que brotaban de aquellos árboles ni su consistencia de vegetales-, las que daban al parque un aire respirable de terror y de llanto. Era el columpio. En un claro, había un columpio vacío y yo me sentí sobrecogida por él, amenazada, como por un ser vivo. Sin saber por qué. Todavía hoy no acierto bien a saber por qué aquel columpio tuvo para mí un mensaje tan espantoso, capaz de provocar la tensión instintiva de mis músculos, El caso es que, desde aquella tarde, cada vez que veo un columpio solitario, me da un vahído el corazón.

¿Quizá fue su imagen esquelética? Los columpios, con su forma de andamio de hierros, parecen en realidad el esqueleto de otra cosa... ¿Tal vez porque era esencia solamente, un esquema, una estructura condenada a no ser rellena jamás, a estar siempre pavorosamente vacía? Pues tal vez sí, porque la misma injustificada prevención, el mismo desasosiego me producen los esqueletos descarnados de los edificios en ruinas; o los que están todavía sin encarnar, en construcción.

O quizá, sobre todo, por los ojos del columpio. Porque me daban miedo y vértigo sus dos ojos de agua, desorbitados, excavados en la tierra por la frenada urgente de multitud de pies diminutos. Dos charcos rebosantes de agua bajo los neumáticos. Y engañosamente brillantes con el último sol de la tarde reflejado, pues lo único cierto es que escondían vientres lodosos y oscuros a una profundidad que

la luz del sol cuando se refleja en el agua hacía imposible adivinar. Pudiera ser que una niña de calcetines blancos, de hilo, primorosamente calados, pisara uno de aquellos dos terribles pozos insondables y desapareciera tragada por él. Y es que yo nunca he podido asomarme a un pozo -ni siquiera a los domésticos, que fingen estar dormidos en los patios de las casas- sin hacer primero una racional reflexión para dominar un terror íntimo, tan hondo como ellos. Pero tampoco nunca, cuando he estado ante un pozo, he logrado resistirme al acuciante deseo de inclinarle mi cuerpo y abandonarlo un instante al vértigo de su boca y a la posibilidad de caer en una caída que se abismará infinitamente porque aquel tal vez sea el que llaman Pozo Sin Fondo. Cuando consigo convencerme de que no es verdad que me haya caído dentro, todavía me queda la aprensión de pensar que, si no yo, van a precipitarse en él mis gafas, ellas sí, con toda seguridad, si no las sostengo a tiempo.

No podrán evitarlo: forzosamente, cada pozo, por su hambre eterna, acabará tragándose -forzosamente, cada uno a su tiempo- a alguien. A una niña, con calcetines blancos y un mandilón a rayas de la escuela, que no habrá crecido lo suficiente para saber que son bocas del infierno. Tumbas. El agua, allí, en lo hondo, es un caldo espeso en el que pululan masas de insectos negros y crujientes, junto a puñados de gusanos blancuzcos y gelatinosos. Y el ahogo llega lento, en tragos de sustancias sólidas, cuando se anegan de larvas los pulmones. De mortales entrañas, las entrañas de los pozos exhalan, sin embargo, un aliento fresco. Envuelven con su aliento fresco y acariciante y seducen hacia el fondo. En los labios del pozo, las telas de araña brillan iluminadas por el sol; se dirían sedas irrompibles, tejidos como una red protectora para parar nuestros cuerpos ingenuos cuando resbalemos y caigamos dentro, hasta el fondo. O más dentro aún.

Con una cabalística regularidad, puede leerse la desaparición de algún niño, que fuera visto por última vez vistiendo pantalón

vaquero y camiseta blanca, que es encontrado al cabo de los días, o de los meses, putrefacto, en el fondo de un pozo al que dicen que debió caer mientras jugaba solo. Porque todos los pozos, cada uno, ha de ser, tarde o temprano, la tumba de alguien.

Dos niños salieron de entre los árboles con los zapatos llenos de barro y se fueron derechos al columpio. Me quedé quieta y pendiente de si lograban o no subirse a él sorteando los dos charcos, las simas de la muerte. Y si me quedé allí quieta, si no fui corriendo a avisarles del peligro al que se exponían, no fue porque, volviendo a la realidad, advirtiera de pronto el carácter fantástico de mis temores, no, sino porque, presa de una gélida ambición de observadora, quise saber si efectivamente conseguían salvarse del abismo.

O puede que no. Puede que no fuera una aberración tan grande, sino el miedo solamente, más disculpable tal vez, el que me paralizase: el miedo, que es capaz de hacer que enviemos a alguien por delante de nosotros para anticipar su muerte a la nuestra o para, en el mejor de los casos, averiguar que no había muerte por ese camino. Iba, por eso, un poco avergonzada cuando al fin reaccioné y me acerqué para preguntarles si sabían cómo se llegaba a la gasolinera que hay en el cruce de la carretera general. Y ellos me avergonzaron más todavía porque los dos, atropellándose la palabra el uno al otro, se deshicieron en explicaciones y, a poco que yo hubiera dudado aún, se habrían prestado, incluso, a acompañarme ¡Los niños se sienten tan honrados cuando una persona mayor -y yo entonces lo era ya para ellos- les pide ayuda poniéndose en sus manos! Y es tan tierno verlos crecerse así, con tan poco, y ganar en seguridad y estima de sí mismos, que yo siempre procuro preguntar las direcciones y todas las cosas posibles, antes a los niños que a las personas mayores, y antes a las niñas que a los niños.

Los pozos, los hoyos, los agujeros... y el vértigo de una caída que no termina y que ya no sería agradable ni para Tere porque nuestros cuerpos se aceleran por su propio peso hasta la velocidad de

la luz, pero no terminamos nunca de deshacernos. Si era muy tarde cuando salí del cementerio, ahora ya me iban a faltar pies. Me preguntarían que dónde había estado y que si no sabía que teníamos que irnos en cuanto terminara el entierro, que estaban solos mis hermanos en casa, precisamente por mi capricho de venir...

* * *

Cuando al fin llegué, ya no quedaba casi nadie en casa del chache Manolo y la cara de mis padres no dejaba lugar a dudas sobre la que me esperaba.

Tan gorda fue que, en el coche, el que me habló fue mi padre: que tenía que haber estado allí, que qué era eso de desaparecer sin que nadie supiera dónde estaba, que adónde podía haber ido en un pueblo en el que no conocía a nadie, ¿o sí?; que ahora se explicaba él tanta insistencia en venir al entierro, que dónde había querido yo ir, que dónde había estado y con quién en lugar de estar con mi madre, en el rezo... Que ya estaba diciendo dónde ahora mismo.

- Estuve en el cementerio.

-¡Te vaya...! ¡Conque en el cementerio, eh! Las mentiras tienen las patas muy cortas, ¿sabes? - Hablaba peor que a voces, enclavijando los dientes. Las palabras se le salían fuera sin esperar a estar del todo fluidas; le salían con grumos y a borbotones- ¡Una zanguanga como tú no se ríe de mí! Y me vas a decir ahora mismo ¡dónde, has, estado! -Las tres últimas, sin embargo, las pronunció perfectamente y las remarcó con pausas entre ellas de una coma por lo menos. Así que yo hice lo mismo con las primeras de mi respuesta:

-Fui, a dar, un, paseo, porque me dolía la cabeza... del olor de las velas seguramente.

-¿Qué velas? ¡¿Qué velas?! ¡¡¿Qué velas?!! ¡Si allí no había velas!

- ¿ Pues no era eso un velatorio?", -y me entró la risa por mi propio chiste, Pero fue una media risa, mezclada de nervios, que, por media, suena más cerca de la ironía y del desafío que de la espontaneidad de la risa completa.

-¡¡Me cago en...!! -Mi padre sólo me ha pegado tres o cuatro veces. y aquélla fue una. Volvió un brazo con todo el cuerpo volcado hacia el asiento de atrás y me dio un sólo guantazo. Uno sólo, pero, azuzado por sus propias palabras, se revolvía en el asiento, como se revuelve de rabia sobre sí mismo quien no está teniendo éxito en vencer una Impotencia, de forma que no me quedara duda de que era sólo por la esclavitud del volante por lo que me libraba de la paliza. Es más, lo dijo textualmente: «Te libra que no quiero que tengamos

Hablaba y hablaba: sin oler la calle hasta que se le olvidara aquella sinvergonzonería mía. Por lo que pude entender, es que llovía sobre mojado conmigo últimamente, Un «últimamente» que luego desarrolló un poco más hasta centrar el hito en «desde-hace-dos- años, desde-que-entraste-en-el-instituto». Que allí me estaban envenenando la cabeza con malas ideas, que yo me había creído que lista y que podía hacer lo que quisiera, pero que estaba muy equivocada.

Mientras, yo, fingiendo una indiferencia imposible ante lo que oía, me concentraba en reprocharme que el doble sentido de mi chiste sobre las velas tal vez no fuera perfecto porque «velatorio» podía venir lo mismo de estar en vela que de algún cirio, Aunque, al fin, «estar en vela» venía, de todas formas, de pasar la noche con luz, es decir., despierta, despabilada; y, «despabilada», a su vez y para cerrar el círculo, de pábilo., de llama. De la llama que lame, de la mecha; la noche y la cera de la vela... «Bonita reflexión», me concedí, para no sucumbir a la autocompasión de verme tan sometida.

Pero él seguía y mi madre, que había estado callada hasta entonces, viendo que mi padre no cejaba, que se alentaba solo cada vez más, intervino para decir, muy suavemente y muy bajito: «Ya, hombre, ya, venga, déjalo...» Pero fue peor: «¿Que lo deje, que lo deje, dices? ¡Cómo lo voy a dejar! ¡Claro, así no me extraña que esta ni ñata te tome a ti por el pito de un sereno! ¡Ya ves tú, no ésta! ¡No me extraña que se burle de ti en tus narices! Hace siempre lo que le da la real de la gana, y la culpa la tienes tú por no pararle los pies! ¡Que lo deje, dice, que lo deje!» En vista de lo cual, mi madre no volvió a abrir la boca en todo el viaje.

Pero no era verdad que yo me burlara de mi madre. Yo a mi madre la respetaba, aunque no lo pareciese. Yo a mi madre la he querido siempre. Aunque no era fácil que se notara. En ese momento sí que me dieron ganas de llorar.

Desde el asiento de atrás, veía su nuca y la de mi padre, y el perfil de los dos. Y todavía hoy la memoria me devuelve esta imagen, con tanta viveza, que viene envuelta en el mismo escalofrío de entonces. Un escalofrío que me llegó al corazón desde la nuca de mi madre. Desde un nuevo cordón umbilical que había crecido -solidario, que no biológico ni necesario como el primero que me unió a ella- y por el que yo había empezado a recibir el jugo de la vida de mi madre y a transformarlo, dentro de mis alambiques, en la más destilada sustancia de la ternura, el dolor: me dolía mi madre. Ningún dolor tan hondo. Pero ha resultado después que ninguno tan beneficioso.

Una mujer trabaja siempre. Y una mujer con cinco hijos trabaja siempre demasiado. Siempre, que yo no sé de mi madre que haya tenido un solo día de descanso. Ni siquiera cuando ha estado enferma. Mi madre, y tantas, ha retrasado hasta la imprudencia el momento de guardar cama porque sabía que estar enferma no es licencia más que para aplazar el trabajo; y se acumula. Nunca que yo recuerde, más de un día. Menos aquella vez, estando embarazada de

mi hermana, la chica, que casi se nos muere y tuvo que venir a cuidarnos mi tía, su cuñada... (¡Aquel médico, ahíto del poder de su casta y tan impunemente inepto! Mi tía, no mi tío, le agarró la camisa por la pechera en pleno bar y, según le dijo, si está vivo hoy es sólo gracias a dios, como mi madre).

Las hijas deben ayudar a su madre y el padre debe estar atento a la tendencia a la vaguería de una hija que no mira por su madre. La hija debe aplicarse a la casa y cuidar a sus hermanos en el tiempo libre de sus estudios para aliviar en lo posible a su madre. Los sábados por la mañana, que no hay clase, la hija debe arreglar toda la casa mientras la madre está en la plaza de abastos. Los domingos por la mañana la hija debe, por lo menos, limpiar los baños y hacer las camas antes de salir con sus amigas a misa de doce.

Tenía yo quince años y trece mi hermano Pedro y once mi hermano Ángel y nueve mi hermano Pepe y tres May, mi hermana, y había ido mi madre a la plaza, como todos los sábados, para hacer la compra de la semana. Los sábados está el mercado lleno y se tarda mucho, pero, teniendo a mi hermana pequeña en casa, era el único día que ella podía ir, dejándola conmigo..Además, los sábados es el día que vienen los hortelanos de alrededor con su verdura y es cuando matan más y mejor carne se compra. Mi madre tendría que perder allí toda la mañana y yo debía arreglar la casa mientras tanto: fregar los platos del desayuno y recoger la cocina; poner una lavadora de blanco tempranito, para que diera tiempo a poner luego otra de color, tenderla; guardar en los armarios o poner a lavar la ropa de mi hermanos, que estaría hecha un buruño en la silla o perdida entre los dobleces de la colcha, a los pies de la cama; barrer toda la casa fregarla, que, siendo tantos, es cosa que hay que hacer todos los días coger el pan cuando pitara la camioneta del panadero; coger la leche cuando pitara la camioneta del lechero; arreglar la terraza... Pero no lo hice. Aquel día volvió a darme la vena estricta: hice MI cama, fregué MI taza y MI plato, recogí MI ropa, barrí y fregué MI habitación y

me puse a leer en la terraza al solecito de mayo.

Enfrente, en una explanada que hay frente de mi casa, aliado del ambulatorio, veía, desde la terraza, jugar al fútbol a mis tres hermanos con el medio equipo que habían juntado para los sábados. Mi hermana interrumpía mi lectura cada dos por tres para que admirase la barroquísima trabazón de los muros que levantaba con el Exin-Castillos. Y, en mi libro, estaba Criando a punto de volverse furioso perdido, al descubrir en los árboles, grabados y entrelazados, los nombre de Medoro y su amada Angélica.

Sin embargo, a pesar de lo que me interesaba el libro, no conseguía dejar de pensar en la carga bruta que mi amada madre traería, además del carrito lleno hasta los topes, colgando en bolsas De plástico de sus amados brazos. Pensaba en la crueldad de mi gesto De no ayudarla el sábado, que yo no tenía instituto y era el día más duro para ella. Pensaba en su rural y bondadosa gordura y en lo sofocada que vendría, la pobre mía, con tanto peso y con los pies un poco hinchados, como siempre que pasaba tantas horas de pie (cuando llegase a casa y se quitara por fin los zapatos de salir, yo vería las marcas rojas y las hondonadas blancas en sus empeines). Pensaba en lo que le dolería mi desplante cuando viera que estaba todo sin hacer, todo por medio, y a media hora de la comida, teniendo ella que hacerla y teniendo, primero, que guardar la compra entera. Su inmenso dolor... que no sería ni un poco por tener que ponerse a hacer el trabajo ella, sino por la dureza diamantina que demostraba yo con tener el cuajo de sentarme a leer sin que me moviera a nada su desamparo. Y su disgusto... cuando calculara que a ella, por más que corriese ya, no le daría tiempo a hacerlo todo y salvarme así de mi padre, antes de que viniera, a las dos y cuarto, como de costumbre.

Querría protegerme, haciéndolo ella como tantas veces, de la justificada furia de mi padre, que ahora amenazaba ya catástrofe porque él llevaba mucho tiempo percatándose de mi insensibilidad, mi perrería, y advirtiéndome, y aguantando, con paciencia, por ver si

todos lados, no sólo de ése; lados decisivos, por los que me escoraba, al parecer, hacia los rumbos menos deseables.

Pero tampoco podía evitar que me hirviera la sangre viendo a mis hermanos jugar y, a mí, con aquel cargo genético de hacerles sus cosas. Ala edad que ellos tenían ahora, yo ya llevaba años haciéndoselas. y todo estaba preparado para que siguiera haciéndoselas cuando ellos tuvieran la mía.

De verdad que a mí se me partía el corazón oyéndole decir a mi madre que yo no lo tenía. Que, si no salía de mí ayudarla, que viviera tranquila, que ella podría con todo. Que ya no tenía fuerzas para contender conmigo. Y era lo peor que nunca lo decía rabiosa, sino triste. Vencida y abandonada a mi capricho. Yo me desgañitaba gritando que eran mis hermanos y no ella ni yo quienes tenían que hacer sus cosas. Mi madre, entonces, callaba. Y su silencio me dolía aún más porque era señal de que había empezado a comprender lo irremisiblemente que íbamos mi padre y yo al desastre.

Había empezado a comprender que a mí no me movían al combate las ganas de escaquearme del trabajo, sino algo de mucho peores consecuencias, literalmente trágicas: el empeño en defender una ley que, cualquiera que fuese, no era la que Creonte debía guardar. Por eso procuraba, haciéndolo ella, que mi padre no supiera lo que yo dejaba de hacer. Por eso, porque sabía que el nuestro no sería el enfrentamiento entre la dejadez y la autoridad, sino el de una ley contra otra ley, fatídico, pues, como todos los enfrentamiento que dirimen el ordenamiento del mundo. Y mi madre se sabía demasiado confusa y demasiado débil para, llegado ese momento, paramos a alguno de los dos.

Como en las tragedias clásicas cuando se acercan a su final. también en la nuestra, pequeña y cotidiana, habían sido dispuestos ya todos los elementos de tal forma que, ahora, sólo con dejarlos rodar por sí mismos, asistiríamos al cumplimiento del oráculo, a ese

desenlace esperado y casi hecho desear por el autor a los espectadores.

Ya Orlando abandonaba su Durindana y a Bigliadoro, arrebatado por amor su juicio, ido a la luna a ser contenido en una redoma de cristal... Era la una menos cuarto y podía ser que mi padre pasara por la casa a recoger los papeles del banco antes de que llegara mi madre de la plaza. En cualquier momento, pues. Leía de prisa para que no me atrapara, entre líneas, la gravedad de mis presentimientos, y para que volviera a aparecer cuanto antes, mi admirada Bradamante de Claromonte. Di con ella a las pocas páginas, viviendo la extraordinaria ironía de los amores de Fiordispina, la bellísima princesa sarracena, hija del rey Marsilio de España, que la había confundido por su armadura, viéndola sobre el lecho de musgo y profundamente dormida, con el más apuesto caballero que jamás soñara. Íbanse, amigas, a compartir el mismo alojamiento, cuando, sí, apareció mi padre, a la una y media, y me encontró de asueto y sin disimulo por mi parte. Vio la casa revuelta y, a mí, en la más haragana de las actitudes y fue entonces cuando me dijo las cosas más duras que recuerde que me haya dicho nadie. Yo lo escuché en silencio y acuñando rabia.

Hace falta ser mujer, y tal vez ser también la mayor de cinco hermanos, para desarrollar un precoz sentido de las responsabilidades y, al tiempo, por lo menos en mi caso, una sabia aversión a contraerlas semejantes en el futuro. Aquella mañana, ante la zanja que se abrió entre mi padre y yo y que nos separaría para siempre, tomé dos decisiones: no casarme y no tener hijos. Ninguna tentación ha venido luego a hacerme difícil, ni mucho menos, mantenerlas.

Que hoy, mis hermanos, al cabo de tanto penar, hagan, a veces, sus camas, cuando nos reunimos en las vacaciones de Navidad, es tan insatisfactorio y tan grotesco final para esta historia, como el que buscó Ariosto dando a Fiordispina un gemelo varón de la simpár Bradamante.

Pero estaba hablando de mi madre. Mi madre me fue

doliendo cada vez más, con cada nuevo descubrimiento del alcance de su bondad.

Ella no tenía estudios y estaba sacrificándose para que los tuviera yo. Y su sacrificio no era superficial y llevadero, como el de mi padre, porque no se cifraba en el dinero ni en el trabajo diario. Su sacrificio estaba en amordazarse el corazón: yo sabía que se comparaba -siempre en el más profundo secreto suyo- con las profesoras del instituto que tanto me apreciaban y a las que yo admiraba tanto, y se - descubría cada vez más pequeña, más torpe y más ridícula, menos capacitada para entenderme, a mí, a su primer parto, al que sería para siempre el fruto de su virginidad y de su infancia. Su más hondo y bien escondido dolor era para mí mi más hondo dolor a gritos: temía que yo me avergonzara de ella. De su no saber nada y de su cuerpo tan grande.

Sabiendo apenas sumar y pudiendo apenas leer de corrido, lo único que ella podía enseñarme eran su vida y su ejemplo, las cosas por las que ella sufría y por las que era feliz... ¿Cómo hacerle ver, entonces, que la respetaba, si no hacía más que desautorizar sus órdenes y huir de sus consejos y destruir la moraleja de sus parábolas con mil sesudos análisis? Discutiendo yo siempre por todo...

¿Sabía ella que yo la quería? Si lo sabía, no es verdad que el amor sea bastante.

Haber descubierto que la culpa no era nuestra, ni suya ni mía, Sino de la abominable bestia histórica, tampoco es un final satisfactorio. porque no hay perdón. Yo nunca le perdonaré a la Historia el dolor mío de mi madre.

* * *

-Ah, bueno, mejor así... Algún conocido será, me imagino, o algún pariente lejano... Te acompaño en el sentimiento de todas formas.

-Gracias ¿ Cómo te llamas? -le pregunté.

-Manuela, Manoli... ¿Y tú?

- Tendría que haberme llamado como mi madre. Pero mi madre creía que su nombre era feo, así que no me lo puso -le dije. Y, de pronto, en ese momento, sonó el teléfono. Y esta vez el agujero negro, todo materia, del timbrazo me tragó a su centro y traspasé los límites y me encontré completamente del otro lado, con el auricular en la mano: «Mamá ha muerto».

Siempre lo he sabido: todos y cada uno de mis alambres, sin excepción, tienen su pájaro. El tendido todo de mi cerebro es una inmensa pajarera.

Una inmensa pajarera, efectivamente. Y, cuando un pájaro de mi cielo gris muere (cuando, muriendo, pierde su naturaleza flotante y se precipita a ser podredumbre al único sitio donde se puede ser podredumbre, al suelo), adonde cae es a mi estómago en una caída perfectamente vertical y recta, como la de una plomada. Tieso y agarrotado por el rictus de la muerte, con las plumas secas, tiene que parecer de cartón, estoy segura, hasta que las sustancias químicas lo hacen desaparecer en el magma común del resto de los alimentos. Allí abajo, el tomate muerto y la golondrina de cartón se mezclan ahora, como antes se mezclara la golondrina, cuando estaba viva, allí arriba, con la añoranza del peine de mi madre; allí arriba... donde también la memoria es parte del circuito cerrado de la inteligencia .y de la conciencia de la muerte.

Si no fuera en los cables del tendido eléctrico, ahora que han arrancado todos los álamos, todos los árboles, ¿dónde podrían pararse a descansar los pájaros en, por ejemplo, la vasta ausencia de ramas entre

Madrid y Andalucía? Es más, es que tal vez el recorrido de la luz eléctrica no sea otra cosa que un cosquilleo que va desde el pantano que cruza1nos en el coche por su espina dorsal hasta la bombilla, a través de unos cables que están ahí todavía -a pesar de los avances tecnológicos que permiten enviar cualquier cosa casi sin conductor físico- precisamente para servir de agarradera a los repugnantes -por delgaduchos, alambrosos y fríos- dedos de los pajarillos; golondrinas y gorriones, sobre todo.

-Bueno, si vienes alguna vez por aquí, estás invitada a tomarte una copa... si no te importa el sitio, claro...

Era una venta, un burdel en toda regla, con sus afueras de población y sus bombillas de colores.

- No, no me importa el sitio.

- Porque se nota que eres cojonuda, tía.

-Gracias.

-En serio. Y estás invitada a una copa o a lo que tú quieras...

-Gracias.

-A lo que te apetezca... sea lo que sea, ya me entiendes... ¿o no?

-Sí, gracias.

- No, no me entiendes.

- Yo creo que sí. Me parece que sí. O sea que gracias de verdad, de corazón.

- Vale.

¿ y tú sabes, mamá, por qué nacemos con la cabeza abierta, con el cerebro al aire, como quien dice?. Pues para que puedan meterse por ahí todos los pájaros. Luego se cierra el agujero y no hay manera de sacarlos. Los que se mueren van cayendo, fiiuuuuuu, como te he dicho, al estómago, pero antes han hecho nidos y puesto huevos, y de los huevos salen guacherillos que siempre tienen el pico desencajado de hambre, dan pena, tan despeluchados y flacos, y los guacherillos crecen y se hacen golondrinas o gorriones.

Este libro se terminó de imprimir
el día 21 de Enero de 1998,
festividad de Santa Inés,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO